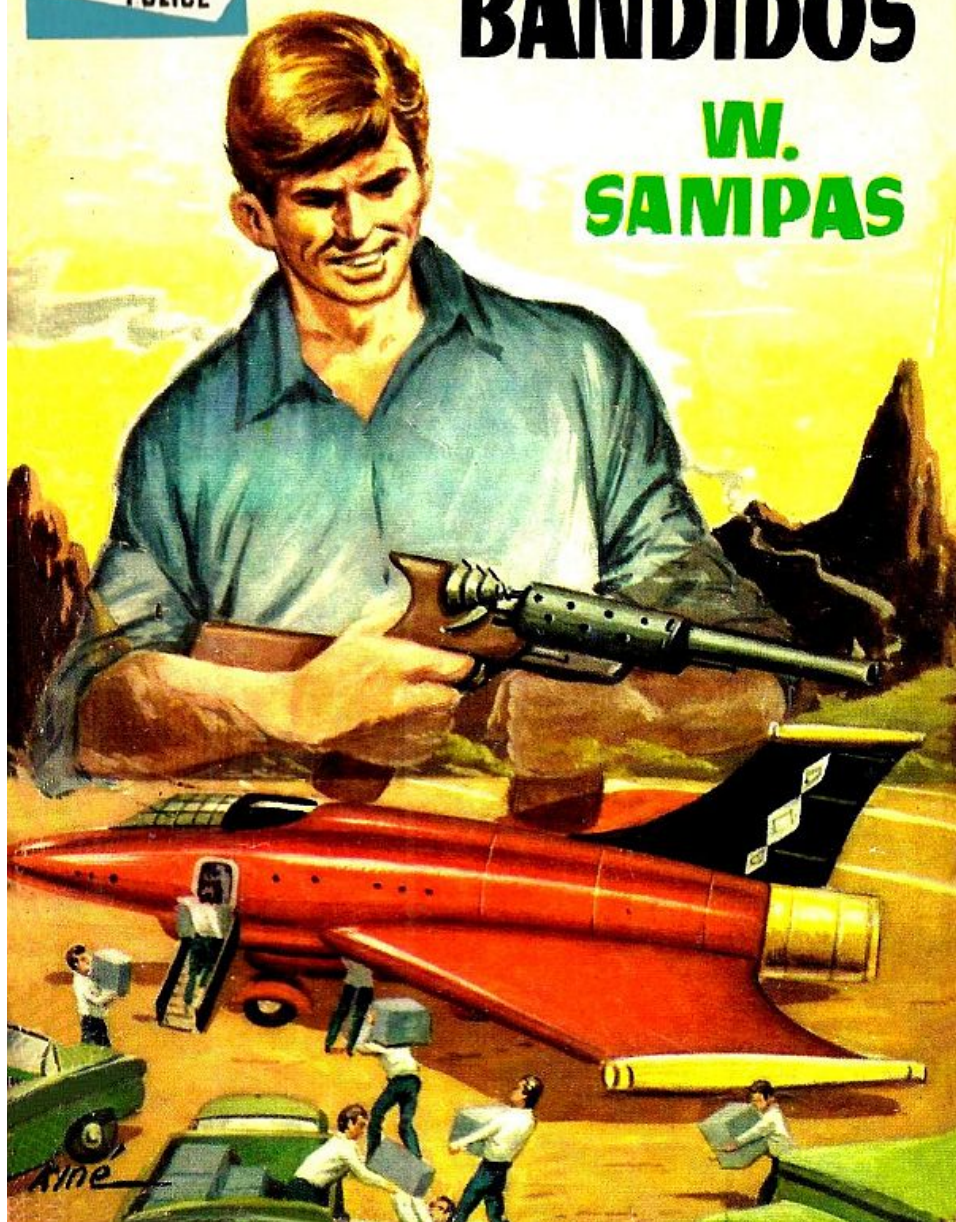


S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

SINDICATO DE BANDIDOS

**W.
SAMPAS**



SINDICATO DE BANDIDOS

Bolsilibros - S.I.P. (Spacial International Police) N.º 22

Los motores de los orugas se pusieron en marcha haciendo surgir, en el silencio que reinaba entonces, un rumor apagado, suave, Quedo, como un susurro apenas perceptible...

Estaban todos al lado izquierdo de la pista, los hombres, conductor y ayudante, en sus puestos, Y todas las miradas coincidían concentrándose en la masa gigantesca del astrocargo que, evolucionando cada vez más suavemente, se disponía a tomar tierra sobre la ancha franja de material presurizado que formaba la pista.

Muchas de aquellas miradas llevaban la humedad de la nostalgia, al ver algo que venía de la Tierra: eran las de los que habían dejado familiares 011 el viejo planeta y de los que recibían noticias de vez en cuando. Otras miradas, las de los jóvenes, desligados de todo, iban hacia la lejana silueta de Ne-w City, que levantaba las puntas audaces de sus rascacielos bajo el cielo incoloro de Marte.

Pero en todas, en unas y otras, había nostalgia. Porque ningún ser humano carece de ella, incluso en los mejores instantes de su vida.

Era el segundo astrocargo que llegaba aquella mañana y el trabajo se anunciaba duro, ya que no era nada sencillo sacar del vientre del monstruo metálico los miles de toneladas de mercancías que venían en él.

Título Original: *Sindicato de bandidos*

©1960, W. Sampas

©1960, Toray (España)

Colección: Spacial International Police

UUID: a8fd2f3b-3839-4103-be33-10f3f2b57639

Generado con: QualityEbook v0.84

SINDICATO DE BANDIDOS



Sindicato de bandidos

por

W. SAMPAS



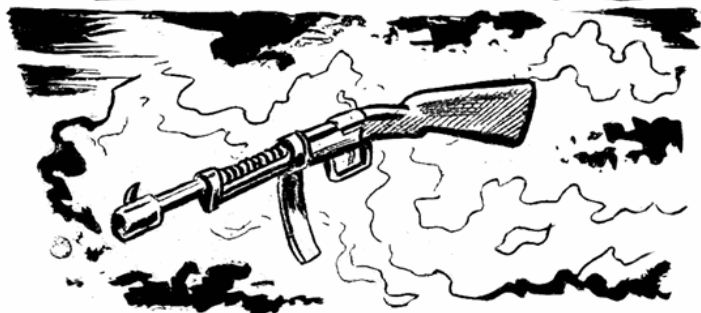
EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Orne, 51 — 63
B A R C E L O N A

© EDICIONES TORAY, S. A. —1960
Depósito legal: B. 6891 — 1960
Número de Registro: 2464 — 60

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A. —Arnaldo de Oms, 51 — 53— Barcelona

SINDICATO DE BANDIDOS



CAPÍTULO PRIMERO



OS motores de los orugas se pusieron en marcha haciendo surgir, en el silencio que reinaba entonces, un rumor apagado, suave, Quedo, como un susurro apenas perceptible...

Estaban todos al lado izquierdo de la pista, los hombres, conductor y ayudante, en sus puestos, Y todas las miradas coincidían concentrándose en la masa gigantesca del astrocargo que, evolucionando cada vez más suavemente, se disponía a tomar tierra sobre la ancha franja de material presurizado que formaba la pista.

Muchas de aquellas miradas llevaban la humedad de la nostalgia, al ver algo que venía de la Tierra: eran las de los que habían dejado familiares 011 el viejo planeta y de los que recibían noticias de vez en cuando. Otras miradas, las de los jóvenes, desligados de todo, iban hacia la lejana silueta de New City, que levantaba las puntas audaces de sus rascacielos bajo el cielo incoloro de Marte.

Pero en todas, en unas y otras, había nostalgia. Porque ningún ser humano carece de ella, incluso en los mejores instantes de su vida.

Era el segundo astrocargo que llegaba aquella mañana y el trabajo se anunciaba duro, ya que no era nada sencillo sacar del vientre del monstruo metálico los miles de toneladas de mercancías que venían en él.

Ahora, con los motores dispuestos, esperaban el instante en que el capataz lanzase la orden para correr hacia el astrocargo y empezar a trabajar a la mayor velocidad posible, con la esperanza de haber acabado antes de la hora del almuerzo.

Con aquella sonrisa divertida que no solía abandonar sus labios, Pietro Verini encendió un cigarrillo, mirando de reojo las manos de su hermano Lucio, que vibraban, posadas sobre el volante, al ritmo del poderoso motor del oruga.

Al ver la humareda que lanzaba el otro, Lucio se volvió y con un tono de reproche en la voz reprendió:

—¡Vaya ocurrencia! ¿Para qué fumas ahora, si sabes que no podrás acabar el cigarrillo?

—¿Te molesta?

Lucio se encogió de hombros.

Después, mirando a través del parabrisas, pero sin fijarse en nada concreto, repuso:

—Habíamos prometido ahorrar un poco para las vacaciones: eso es todo.

Pietro sonrió.

—¿Y crees que un cigarrillo va a hundir nuestros proyectos? —comentó.

—Un cigarrillo es algo, sobre todo cuando se desperdicia de esa manera. Podías haber esperado un poco para fumarlo.

—No puedo. Dentro de unos instantes, cuando empecemos a trabajar, y eso lo sabes tu tan bien como yo, no nos dará tiempo ni a respirar.

—¿Y vas a morirte por no haber fumado?

Pietro hizo una mueca.

—¡Cómo se ve que no te gusta fumar! Sí, ya sé que eres el hombre perfecto, el hermano ideal, siempre dispuesto a prodigar sus consejos a la oveja negra, que, naturalmente, soy yo...

—¡No digas tonterías!

Y requerida su atención por un detalle que vio a través del parabrisas, exclamó:

—¡Fíjate, Pietro! El capataz viene hacia aquí y habla a todos los muchachos.

El otro siguió la indicación de su hermano, viendo que, en efecto, Stout se detenía ante cada vehículo, cambiando unas frases con los conductores y sus ayudantes. No acostumbraba a hacerlo y el italiano frunció el entrecejo.

Después dijo:

—¿Qué diablos les estará diciendo?

—Pronto lo sabremos. Ya está casi aquí...

Hebert Stout era un hombre alto, con el cabello cortado a rape, mostrando ya tonos grises en las sienes, que contrastaban con el color negro del resto de su pelambrera.

Todos los muchachos de los equipos de carga y descarga del Astropuerto sentían sincera simpatía por el capataz, que en toda ocasión estaba siempre dispuesto a ayudarles con el peso de su autoridad.

Y no es que hubiese muchos problemas.

Las únicas cuestiones que solían plantearse eran las de los precios en las operaciones, ya que se realizaban directamente, a un tanto alzado, que el capataz procuraba fuera lo más beneficiado posible. Por eso todos confiaban en él, sabiendo que era capaz de estar discutiendo una hora para lograr un aumento de unos créditos.

—Quizá nos vaya a decir lo que vamos a ganar. —Apuntó Lucio.

—No lo sé —replicó el otro—. Pero si te fijas en su cara, verás que no es la de los buenos días.

—Tienes razón.

—Calla. Aquí viene.

Stout se acercó al vehículo que conducían los Verini y, apoyando una mano en la ventanilla de la portezuela en la que estaba Lucio, dijo:

—Hay novedades, chicos.

—¿Sí?

—Sí. Y nada agradables. Anoche recibí la visita de un tipo de la ciudad que me comunicó que ya teníamos un Sindicato.

—¿Un Sindicato? —inquirió Lucio—. ¿Y para qué diablos necesitamos nosotros un Sindicato?

—Eso mismo fue lo que yo le dije, pero me tapó la boca con un papel que venía firmado por el gobernador suplente.

Pietro intervino:

—¡Ese tipo nuevo me ha dado siempre mala espina! Con Warrel, las cosas habían ido siempre bien... ¡Lástima que cayese enfermo y tuviera que ser llevado a la Tierra!

Stout asintió.

—Tienes razón, muchacho. Cross no es un hombre de fiar; pero, lo queramos o no, ahora es el gobernador y hemos de obedecer lo que diga.

Lucio preguntó:

—¿Y qué va a proporcionarnos ese Sindicato, Herbert?

—No lo sé. Ahora debo ir a una reunión y cuando regrese ya os diré a todos lo que hay del asunto... Por eso he querido preveniros y rogaros que hagáis el trabajo sin mí.

—No te preocupes por eso.

El otro sonrió.

—Ya sé que puedo tener plena confianza en vosotros. Además he conseguido que, en esta ocasión, nos paguen a dos mil créditos la tonelada descargada.

Pietro emitió un silbido de admiración:

—¡Estupendo, Stout! ¡Eres el mejor capataz del Sistema!

—Menos coba, Pietro —dijo, sin dejar de sonreír su amigo—. Bueno, muchachos, me largo. ¡Hasta mediodía, en la cantina del Astropuerto!

—Chao, Stout.

Y cuando el capataz se alejó hacia los edificios del fondo, ya que el oruga de los hermanos Verini era el último de la fila, Pietro exclamó:

—¡Dos mil créditos la tonelada! ¿Qué te parece, hermanito?

—Que podremos empezar a ahorrar en serio.

El otro torció el gesto.

—¡Ahorrar! ¡Ahorrar! ¡No piensas más que en eso!

—¿Y tú? ¿En qué piensas?

Una sonrisa maliciosa entreabrió los labios de Pietro.

Después, en voz baja, dijo:

—¿Quieres que te lo diga? ¿De veras?

—Sí.

—Verás, Lucio..., ya sé que tú no me entenderás; pero la otra noche, cuando salí a dar una vuelta...

—No hace falta que sigas..., encontraste a una chica deliciosa.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es lo que te ocurre cada vez que sales.

—Pero esta vez...

—... sí, ya sé, la muchacha es distinta, diferente, una verdadera maravilla...

Sonrió y volviéndose a Pietro, con un tono de dulce reproche en la voz, le reconvino:

—¿Cuándo aprenderás, hermano?

El otro se encobó de hombros.

—¡Bah!

Miraron hacia el astrocargo, que ya estaba posándose, imponente,

pintado de azul oscuro, con las insignias de la Compañía Astrotransporte Marte-Tierra, inscritas en la proa, a ambos lados.

—Habrá que prepararse...

En efecto. Poco después, los vehículos se pusieron en marcha cuando las toberas de la nave dejaron de lanzar largas columnas de fuego y humo. Como apresuradas hormigas que rodearan una presa gigante, los orugas envolvieron materialmente al astrocargo, cuyas compuertas se habían abierto ya.

A partir de aquel momento, todo fue un ir y venir incesante, haciendo que los motores gimiesen ante la petición de más y más velocidad. Y lo curioso y admirable era que los vehículos evolucionaban con una seguridad completa, pareciendo en todo momento que iban a estrellarse unos contra otros, sin que jamás ocurriese el menor accidente.

Todos ellos eran maestros en el arte de conducir y conocían las pistas como la palma de su propia mano.

Lucio, serio como siempre, hacía su trabajo a conciencia, saltando del oruga cuando llegaban al astrocargo o al almacén, para ayudar a su hermano en la colocación de las mercancías que las grúas y robots-prensos colocaban en las manos de los hombres.

—Aprisa —decía, sin cesar.

Porque, además de lo que iban a ganar, el robot-contador de los almacenes impresionaba la particular huella magnética de cada vehículo y anotaba en el cerebro electrónico los viajes, numerándolos por orden y por calidad de mercancía o peso.

Y aquello suponía una prima más si el número de viajes era mayor que el de los demás.

—¡Aprisa! ¡Aprisa!

Pietro reía pícaramente, sabiendo que detrás de aquella prisa de Lucio estaba agazapado el deseo de ahorrar, ya que hacía mucho tiempo que soñaban con un viaje a la Tierra, para visitar la hermosa Italia.

Pero él, al apresurarse, al hacer que sus manos volasen materialmente de un paquete a otro, pensaba en aquella rubita, con su sonrisa llena de promesas, y con la que se vería el sábado próximo, ya que se había citado con ella en un salón de baile de la ciudad.

—¡Aprisa! ¡Aprisa!

Se hallaban reunidos en la amplia cantina, sentados en las mesas de las que los camareros acababan de quitar los servicios del almuerzo, no dejando más que los ceniceros y sobre algunos manteles, contados, una botella y unas copas.

Reinaba el ambiente de siempre, quizá más eufórico por las ganancias que habían logrado aquella mañana. Se reía, se charlaba, se comentaba. Y los rumores se sumaban, formando un sonido sordo, agigantado por el eco de la sala.

La entrada del capataz hizo que el silencio cayese sobre todos, al tiempo que la expectación se concretaba en los rostros, que adquirieron una expresión de tranquila espera.

Stout, ágil como de costumbre, saltó sobre una mesa, extendiendo las manos como si desease conseguir un silencio que ya se había hecho.

—¡Muchachos! —exclamó—. Vengo de la reunión, y antes de que los jefes del Sindicato lleguen, cosa que me han prometido hacer, quiero deciros que yo no estoy de acuerdo con las condiciones que me han propuesto...

—¡Ni nosotros tampoco! —gritaron unos cuantos.

—Un momento. Dejadme hablar, chicos...

Y tras una pausa prosiguió:

—Yo quiero deciros que mi posición hacia vosotros debe quedar clara como lo ha sido hasta ahora. Entre nosotros no deben existir duplicidades de ninguna clase. Por eso, amigos, voy a deciros lo que me han comunicado esos... señores.

Hubo algunas risitas, provocadas por la pausa que Herbert había hecho entre las dos últimas palabras.

Después, el capataz, con voz clara, explicó:

—Desean protegernos, crear un hospital y una clínica, colegios para los pequeños...

—¡Ya tenemos todo eso!

—¡Podemos pagarlo nosotros, como lo hacemos hasta ahora!

Stout asintió.

—¡Ya lo sé, muchachos, ya lo sé! Pero dejadme seguir, por lo que más queráis o no acabaremos nunca.

—¡Silencio, vosotros! —gritó uno.

Y cuando consideró que podía seguir, Herbert dijo:

—Ya sé que tenemos de todo y que estamos organizados sin necesidad de que nadie venga a meter las narices en nuestros asuntos...

—¡Muy bien!

—Por eso he hablado como lo hago aquí. Sin embargo, apoyándose en la orden del gobernador, los hombres del Sindicato han dicho que ellos lo reorganizarían todo. Pero hay más...

El silencio se hizo más denso.

Así sonó con mayor intensidad la voz clara del capataz:

—Piden el pago de una cuota de diez créditos por persona y por día.

El escándalo que se armó fue mayúsculo.

Stout tuvo que hacer acopio de toda su paciencia para restaurar un orden y un silencio que necesitaba.

Y cuando lo consiguió.

—Comprendo —dijo, con una sonrisa— la reacción que lo de la cuota ha producido en vosotros. También dije a esos señores que no ibais a estar de acuerdo con esa petición, que consideraba exagerada, ya que por dos créditos semanales tenemos de todo: clínica, escuela, deportes, excursiones colectivas y hasta ayuda a los que toman su retiro. Somos cinco mil y la suma de créditos que entregáis ahora, y cuya contabilidad conocéis igual que yo, se eleva a la respetable cantidad de diez mil a la semana, con lo que hemos logrado servir a todos y hacer economías para enfrentarnos, inclusive, con algunos días de paro...

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Gracias. Lo que nos piden es un... no me atrevo a decir la palabra...

—¡Dila!

—¡Di que es un robo!

—¡Una estafa!

—¡Un abuso!

—¡Un timo!

—¡Silencio! ¡Dejad que Stout hable!

Y Herbert, sonriente, continuó:

—Cincuenta mil créditos diarios es una suma casi la que podríamos hacer verdaderos milagros..., que no necesitamos. Diez créditos al día significa la décima parte de un día tan bueno como el de hoy..., y del tercio hasta la mitad de un salario en el que se descargue poco.

—¡No daremos nunca eso!

—¡No queremos Sindicato!

—¡Protestaremos!

—¡Iremos a ver al gobernador!

—¡No pueden robarnos de esa manera!

La cólera había estallado y Stout tuvo que aguantar, hasta que los ánimos excitados se calmaron por sí mismos.

Después, cuando el silencio se hizo de nuevo, prosiguió:

—Amigos, no hay más que una manera de resistir a las presiones que se van a ejercer sobre todos nosotros: si nos mantenemos unidos, sin que nuestras opiniones particulares cuenten para nada, dejando prioridad absoluta al interés general, podremos frenar las ambiciones de unos hombres que no pueden comprender nuestro trabajo, nuestra forma de vida y nuestros deseos...

Fue alguien a gritar, pero un «chist» que venía de la parte posterior de la sala, hizo que todos volviesen el rostro hacia allí.

Tres hombres estaban en el dintel de la puerta.

Tres hombres que avanzaron por el pasillo, seguros, con aire insultante y achulado.

El que precedía a los dos que iban detrás era un hombre de unos cuarenta años, de cabellos ensortijados, de color rubio claro, con ojos azules y vestido con una elegancia rebuscada pero de alto precio.

Los otros, parecidos como gemelos, altos y de anchos hombros, no necesitaban descripción alguna, ya que entraban de lleno en la tipología clásica de los «guardaespaldas».

Capítulo

II



OS tres hombres llegaron junto a la mesa sobre la que el capataz seguía erguido.

Los rostros giraron, siguiendo a los recién llegados.

Ayudado por los otros dos, el elegante subió a la mesa sonriendo a Stopt, pero poniendo un tono de conmiseración en aquel gesto.

Luego, lanzando una mirada circular a la sala llena, gritó:

—¡Amigos! Soy el señor Curtis, John Curtis, presidente, por orden oficial, del Sindicato del Astropuerto. No podéis imaginaros lo que me alegra hacer algo por vosotros, que hasta ahora habéis estado completamente abandonados. Y ya leo en vuestros rostros el gozo que os produce el saberos respaldados por una organización fuerte, inmovible, como la que ha sido creada para salvaguardar vuestros sagrados intereses.

—¿Y esos diez créditos de prima diaria son también nuestros intereses? —gritó una voz.

El hombre elegante siguió sonriendo, pero su sonrisa era mucho menos convincente que momentos antes.

Gritó:

—¡Nadie puede procuraros las ventajas que el Sindicato os ofrecerá!

—¡Las tenemos ya, sin necesidad de que nos roben!

John Curtis apagó su sonrisa.

Hubo una luz en sus ojos; después, poniendo desprecio en su voz, dijo con voz sorda:

—Las cosas han cambiado. Vosotros, aquí, no os habéis enterado aún de que las cosas han cambiado. Mucho.

Hizo una pausa, observando con satisfacción que sus palabras habían dado en el blanco.

Luego continuó:

—Hay un exceso de población en New City, los agricultores están más que hartos de trabajar en los cultivos hidropónicos por tres créditos al día. Viven mal y comen peor... Por eso, pensando en su propia conveniencia y en la de sus familias, han formado una Corporación, dirigida por un tal Olmer Kutzer... ¿Sabéis con qué propósito?

Una voz rompió el silencio que se había hecho.

—¡Déjate de cuentos! ¿Qué nos importa a nosotros lo que hagan los agricultores?

Los labios de John temblaron al decir:

—¡Claro que os importa! Como que quieren venir aquí, al Astropuerto, a ofrecerse por mucho menos dinero que el que vosotros ganáis. ¿Lo comprendéis ahora? Si no tenéis nada que hacer más que esperar a que os quiten el pan de la boca, si no tenéis a nadie para protegeros contra esos hombres, ¿qué haréis?

—¡Nos defenderemos nosotros solos!

—¡Somos mayorcitos y no necesitamos matones!

Habían rebasado la medida.

—¿Quién ha dicho eso? —bramó el elegante—. ¿Será valiente para levantarse o será un cobarde que sólo sabe gallear entre los demás?

Hubo un silencio impresionante.

Después, de repente, un hombre Se cierta edad, delgado, se puso en pie. Ocupaba, con otros, una mesa que estaba a menos de diez metros de la que servía de tribuna a John.

El capataz seguía a su lado, silencioso, con el rostro cargado de una expresión sombría.

—¿Has sido tú quien nos ha llamado matones?

El hombre era delgado, muy poca cosa, pero había resolución en su mirada brillante y serena cuando contestó:

—¡Sí! ¡Nos bastamos nosotros para defendernos!

—¡Explicádselo vosotros! —gritó John, dirigiéndose a los que le habían acompañado.

Uno de ellos, rápido como una exhalación, se dirigió al hombrecillo, lanzando hacia adelante su puño, que chocó contra el rostro del otro, derribándole como si acabase de recibir la patada de una mula.

El hombrecillo se desplomó como un fardo.

—¡He aquí —gritó John— cómo trataremos de aquí en adelante a los suficientemente estúpidos como para ofender a las dignas personas que los representan y que están dispuestas a sacrificarse por el bien común!

Había terminado su párrafo cuando sucedió lo imprevisto.

Pietro, que no estaba lejos del lugar del suceso, sin poder contenerse ante la agresión de que había sido objeto su compañero, saltó de su asiento, como si éste se hubiera convertido en una plancha de hierro al rojo.

Y avanzando hacia el guardaespaldas agresor, llegó junto a él, tocándole con el hombro, ya que el otro estaba de espaldas.

—Oye, amiguito... —le dijo, con un tono burlesco en la voz.

Y cuando el otro se volvió, Verini lanzó su puño como una exhalación golpeando el mentón del otro. El puñetazo fue tan fuerte, producto de los fuertes músculos del italiano, que su adversario se desplomó de forma más fulminante y aparatosa que el otro.

—¡Y he aquí —gritó Pietro, con su voz recia— cómo trataremos a los que intenten abusar de los débiles!

Estalló una ovación ruidosa, apoteósica.

Pero cedió enseguida, dando paso a tal silencio que Pietro no tuvo más remedio que mirar hacia la mesa ocupada por John.

Éste le miraba con odio.

Y el otro guardaespaldas, con una sonrisa en los labios, le apuntaba con una pistola.

El silencio duró largo rato.

Luego, Curtis gritó:

—¡Una última advertencia! ¡Si alguien levanta la mano sobre uno de los miembros del Sindicato...!

No terminó.

En una plancha fantástica, Pietro se lanzó, desde donde estaba, sobre el hombre armado que, en contra de todas las previsiones, no disparó, pudiendo hacerlo con toda tranquilidad.

Recibiendo el impulso de los noventa kilos del italiano, el hombre lanzó un quejido lastimoso, desplomándose, después de haber soltado la

pistola que empuñaba.

La ovación estalló de nuevo, seguida ahora de los gestos amenazadores de la multitud de descargadores del Astropuerto.

Y John, pálido como la muerte, mirando a un lado y a otro, temeroso de que uno de los puños que formaban un espeso bosque a su alrededor se descargase sobre él, pasó por el pasillo entre un abucheo espantoso, seguido de sus dos guardaespaldas que, con la cabeza gacha, seguían mansamente a su jefe.

Una vez hubieron desaparecido, la atención y el entusiasmo general se volvió hacia Pietro, que se vio rodeado por todos, vitoreado por todos, convertido en el héroe del día.

Abriéndose paso, Stout llegó hasta él y poniendo la mano sobre el hombre, le dijo:

—Te has portado bien, Verini, pero ten cuidado.

—¿Cuidado? ¿De qué?

—Esa gente no admitirá su derrota así como así; de eso puedes estar seguro.

Pietro se encogió de hombros.

Y riendo:

—¿Qué podernos temer de esas «gallinas mojadas»? Cuando un tipo con una pistola en la mano es incapaz de usarla al ser atacado... ¡No se atreverán más a venir por aquí! ¡Nos hemos librado del «Sindicato de Ladrones» y eso es lo importante!

—¡Viva!

—¡Viva Verini!

—¡Hurra por Pietro!

Le arrastraron hasta el bar de la cantina, donde todos deseaban hacer patente su agradecimiento, invitándole.

Stout se quedó pensativo, volviéndose al sentir una presencia a su lado.

Era Lucio.

—Cuida de tu hermano, muchacho.

—¿Usted cree que...?

—Cuídalo. Hoy ha ganado la amistad de los suyos y la enemistad de otros... mucho más peligrosos que nuestros muchachos.

* * *

El temblor seguía contrayendo espasmódicamente la piel de su rostro. La furia había desaparecido y ahora, mientras el ascensor subía hacia el lujoso despacho del gobernador, sentía miedo.

Le habían arrancado los mejores triunfos de la mano.

Ahora...

Prefería no pensar, esperando que Cross le diese una nueva oportunidad, que se juraba aprovechar, fuese como fuese. Y al pensar en todo lo que podía perder si el gobernador se mostraba implacable, experimentó una sensación de frío que le recorría la espalda.

Al detenerse el ascensor y abrirse las puertas, John Curtis tuvo que hacer un esfuerzo para atreverse a pasar el límite que significaba salir del ascensor.

Pero lo hizo.

Momentos después entraba en el soberbio despacho del gobernador suplente, quien avanzó hacia él, tendiéndole la mano.

Harry. Cross era un hombre bajito, obeso, con un rostro pálido y aniñado, como si estuviese anémico. Sólo los ojos, azul claro, ponían una nota de luminosidad en su cara, de expresión incolora e insípida.

Pero cuando se encolerizaba, el tono de su tez enrojecía, dejando ver una compleja red de vénulas onduladas que se dibujaban en su piel. También le temblaba el mentón cuando estaba furioso, con un tic nervioso que hacía perder los estribos al que lo contemplaba.

—¡Pasa, John, pasa! ¿Un trago?

—Bueno.

No podía concebirse un lujo parejo al de aquella estancia, realizada por un decorador audaz, con su luz natural tamizada, su temperatura perfecta y cuidadosamente controlada, y la gran estantería que ocupaba el fondo, junto a una chimenea que, en invierno, funcionaba con rayos infrarrojos.

Harry pulsó el botón que abría el bar empotrado en la pared, preparando, con sus gordezuelas manos, dos Martinis.

Luego, tras poner una copa en la mesita que había al lado del sillón en el que se había acomodado su visitante, tomó asiento no muy lejos.

Y con una empalagosa sonrisa preguntó:

—¿Qué? ¿Todo ha ido bien?

John hubiese dado cualquier cosa por no tener que contestar a aquella pregunta que, sin embargo, sabía que le iba a ser formulada la primera.

¿Qué decir?

No podía mentir a aquel hombre, al que apenas conocía, pero que sabía, por buenas referencias, capaz de cualquier cosa.

Así, resueltamente, con un gesto que remedaba el que se hace para ponerse bajo el chorro de una ducha demasiado fría:

—No, ha ido mal.

Cross no dijo nada.

A veces, cuando se hablaba con él, se tenía la impresión de que era tardo de comprensión y que digería las palabras con la lentitud de un rumiante; era como si el rodaje de su cerebro, los engranajes de su inteligencia, se moviesen al ralenti.

Pero no era así.

Lo que ocurría era que Harry Cross había aprendido a considerar las cosas desde muchos puntos de vista al mismo tiempo. Esa manera de pensar podía parecer lenta cuando, en realidad, era tan compleja como rápida. Pero, una vez tomada la decisión, era como el toro que, dudoso ante el capote, se lanza, una vez pateada la tierra, yendo derecho al bulto, sin importarle nada los obstáculos que se interponen en su camino.

John había bajado la vista y esperaba mansamente la tormenta.

Pero la voz de Cross volvió a sonar con empalagoso acento.

—¿Cómo ha sido eso, amigo?

—Verás... todo ha ido bien al principio. Naturalmente, como ya contábamos con ello, los descargadores se mostraron reacios, sobre todo cuando se les habló de una prima obligatoria de diez créditos diarios.

—¿Green que vamos a trabajar y protegerles gratis?

—No es eso. Ellos poseen ya una organización casi perfecta, obra de ese entrometido de capataz.

—¿Stout?

—Sí.

—¿No sería él quien soliviantase los ánimos antes de que tú llegases?

—Posiblemente. Lo cierto es que me escucharon, con algunas intervenciones desagradables, y tuve que hacer que los muchachos interviniesen.

—¡Muy bien!

—Pero resultó que los que recibieron los golpes fueron ellos.

—¿No iban armados?

—Sí.

—¿Entonces?

Y como John no dijese nada, limitándose a moverse intranquilo en su asiento, el gobernador preguntó:

—¿Es que los otros también tenían armas?

—No.

Y, después de una pausa, continuó con su explicación:

—Uno de los muchachos, al ver que atacaban a su compañero, sacó la pistola, pero no disparó cuando el descargador se lanzó sobre él.

—¿Por qué no lo hizo?

Curtis tragó saliva con evidente dificultad.

Explicó:

—¡Compréndelo, Harry! Estos muchachos no son asesinos. Además, hace mucho tiempo que están acostumbrados a temer las consecuencias de un disparo contra un hombre desarmado. Ya sabes que la SIP no perdona.

El otro sonrió malévolamente.

—¡Cómo se nota que acabáis de llegar de la Tierra! ¡Esto es otra cosa, imbécil! Allá, la SIP puede campar por sus respetos, aquí, salvo algunos agentes sin importancia, no pinta nada. Además, para que las cosas entren definitivamente en tu cráneo, que me está pareciendo vacío, has de recordar que el gobernador te apoya, que estás realizando un trabajo oficial y que nadie puede oponerse a mis órdenes en Marte.

—Ya lo sé..., ya lo sé...

—¿Entonces?

—Yo no puedo obligar a los chicos a que empiecen a tumbar descargadores: no están acostumbrados a matar así, a sangre fría.

—¿Qué me has traído entonces de la Tierra?

—Yo...

—¡Calla, estúpido!

Y después de un corto silencio.

—Anoche —dijo, con una sonrisa cruel en los labios— vino a verme un viejo amigo tuyo.

—¿Quien? —se alarmó Curtis.

—Kutzer.

John se estremeció.

—¿Qué que... ría...? —balbució, luego.

—Ya sabes que está montando el Sindicato en el ramo de los cultivadores hidropónicos. Me dijo que todo iba bien, aunque es natural

que los beneficios con aquellos miserables sean mucho más pequeños que con los descargadores, que son los aristócratas de los trabajadores en Marte. Y hablando de eso, insinuó, no sé cómo, que estaba seguro de que tú ibas a fracasar en tu intento...

—¡Maldito!

Cross no hizo caso de la interrupción de John.

Y con el mismo tono burlón, continuó:

—Me dijo que eras demasiado «blando»... Y no se equivocaba.

—Pero...

—¡Déjate de idioteces! Ya sabes que te aprecio y tampoco ignoras lo que me ha costado traerte aquí, con esos mamarrachos de hombres que te acompañan. ¡Pero no estoy dispuesto a perder el tiempo ni a que nadie se ría de mí, en el puesto que ocupo ahora!

—Yo...

—¡Déjame hablar!

Le miró fijamente.

Luego, con un susurro de voz, que más parecía un silbido, ya que abría apenas los labios para hablar, expuso:

—Voy a darte la última oportunidad, Curtis. O mañana vienes a decirme que todo está arreglado, sea como sea, no me importa cómo lo consigas, o encargaré a Olmer Kutzer de tu Sindicato, y te enviaré para que te entiendas con los piojosos de los cultivos hidropónicos.

»Te he dado el bocado de león, el mejor pedazo de la tarta y no puedo de ninguna manera consentirte vacilación alguna. Vas a ganar el dinero a espuestas y has de saber hacer las cosas, sin dejarte intimidar por un grupo de ignorantes que no saben lo que quieren».

Curtis estaba aterrado.

La posibilidad de ser destinado a los cultivos le espantaba; pero mucho más intenso que aquel horror era el odio que sentía hacia Kutzer, que, por lo que acababa de decir el gobernador, le sustituiría encantado en un lugar que iba a ser una mina de oro.

¡Qué diferencia si tenía que encargarse de los cultivadores!

No había estado nunca por aquellos infectos lugares, en los que el agua llegaba hasta las rodillas, como en las marismas de la Tierra. Pero al llegar a Marte, la astronave descendió lo suficiente para que pudiera ver aquellas zonas, vecinas a los canales, donde hombres esqueléticos y semidesnudos trabajaban, moviendo las máquinas que flotaban sobre las cenagosas y sucias aguas de los cultivos hidropónicos.

—Ya sabes —dijo Cross— te espero mañana con una respuesta

definitiva.

—Está bien.

Se levantó, saliendo del lujoso despacho. Cuando llegó al «hall», todas las luces estaban encendidas, lo que quería decir que ya era de noche.

Detúvose un momento allí, en aquel mundo de mármol, para encender un cigarrillo, mientras reflexionaba tristemente sobre la negrura de un futuro que se presentaba poco claro.

Luego salió a la calle, caminando hacia su coche, que había aparcado en las cercanías.

Y fue entonces cuando el hombre delgado, alto, bien vestido, se acercó a él.

—Venga a mi coche, señor Curtis, Daremos una vuelta.

Capítulo

III



OR un instante, Curtis palideció, sintiendo que su corazón se quedaba sin sangre. Porque estaba seguro de que aquel hombre era uno de la banda de Kutzer que se anticipaba, deseando quitarle de en medio para favorecer los propósitos de apoderarse del Sindicato del Astropuerto.

Pero el desconocido tenía las manos desnudas, fuera de los bolsillos, sin parecer amenazar con arma alguna a John, que le miraba, pálido, no sabiendo qué decir ni qué pensar.

El otro sonreía.

—No tema, señor Curtis. Soy un amigo.

—¿Qué desea? ¿Cómo es que me conoce?

—Muy sencillo. Le vi esta tarde en el Astropuerto y asistí, desde un sitio privilegiado, a la reunión... digamos desdichada que usted presidía.

Curtis se serenó un tanto.

—¿Y qué desea?

—Ayudarle.

John frunció el entrecejo.

—¿Ayudarme? ¿Cree que lo necesito?

—Estoy seguro...

Y después de una pausa, le invitó:

—¿Por qué no viene a mi coche, señor Curtis? Daremos una vuelta, tomaremos algo en un lugar tranquilo... y charlaremos.

Curtis asintió:

—Bien.

El coche de aquel hombre era de modelo bastante anticuado, pero lo conducía con precisión y habilidad, ya que le hizo correr por la densa circulación de las principales avenidas de New City, dirigiéndose hacia las afueras, al barrio elegante, parando junto a un establecimiento sobre cuya entrada lucía un letrero movable en el que se leía «The Cockatoo».

El local estaba semivacío a aquellas horas tempranas de la noche, y no les fue nada difícil aislarse en una mesa alejada del centro, sentándose en los cómodos sillones que la rodeabas.

—¿Qué quiere beber? —inquirió el desconocido.

—Un whisky solo.

Pidió lo mismo para él y cuando hubieron probado las bebidas y el elegante camarero estuvo lejos, el hombre delgado dijo:

—Sé, amigo mío, que tiene usted serias dificultades, ya que las cosas no le han salido como esperaba. ¿Es cierto?

John tuvo que rendirse a la evidencia.

—Sí —repuso con un tono sordo de voz.

—No debe preocuparse. Lo que le ha sucedido a usted en el Astropuerto esta tarde le hubiera ocurrido a cualquiera... incluso a Kutzer.

Los ojos de Curtis brillaron con interés, ya que aquélla era la primera persona que se ponía de su lado, considerando su fracaso como una cosa normal.

—¿Usted lo cree? —preguntó con ansiedad.

—Sí. Ni sus hombres ni los de Kutzer podrían haber hecho otra cosa.

Y después de un silencio breve, continuó:

—Llevamos muchos años controlados, en la Tierra, por una severa policía que ha ido aniquilando los sentimientos primitivos de que hacían gala los delincuentes del pasado. Hoy, los criminales o los hombres que burlan la Ley lo hacen gracias a su inteligencia, luchando contra la mente de los que defienden la legalidad de la sociedad.

»Por eso, en la Tierra, puede decirse que la violencia de antes ha desaparecido, ya que nadie se atrevería a utilizar un arma de fuego, sabiendo que tardaría muy poco en caer en manos de la policía, o, lo

que es peor, en las de los hombres de la SIP.

—Eso es cierto.

—Naturalmente, Por eso sus hombres o los de Olmer fracasarían aquí en los proyectos de una fundación de Sindicatos como los que, hace muchísimo tiempo, había en los Estados Unidos.

»Y, sin embargo, Marte y New City se prestan a ello de una manera magnífica, sobre todo como lo piensa hacer el gobernador suplente...».

—¿Cómo? ¿También lo sabe usted?

—Yo lo sé todo.

Hubo una pausa y John consideró con mayor atención a su interlocutor.

Mirándole detenidamente, vio que su rostro parecía esculpido en piedra, tan acusados eran sus rasgos, y que sus ojos, verde oscuro, poseían una especie de llamita que ardía intensamente en sus minúsculas pupilas.

—Pero yo puedo ayudarle —dijo.

—¿Cómo lo haría y por qué?

—Por la misma cosa que usted lo hace todo: por dinero. ¿Cómo? Muy sencillo. Yo le proporcionaré a sus hombres la violencia de que hoy carecen.

—Yo no tengo mucho.

—Lo sé. Pero va a tenerlo. Cincuenta mil créditos diarios es una bonita suma.

—Sólo podré reservarme el cincuenta por ciento del negocio.

—Me lo imaginaba. El «apetito» de su Excelencia es... excelente. Y permítame el retruécano.

Y como Curtis no dijese nada, exigió:

—Quiero cinco mil de esos veinticinco.

—¿Eh?

—¿Le parece mucho?

—Sí.

—Pues lo lamento. No puedo hacerlo por menos.

John estaba inquieto.

Sabía perfectamente que no podría lograr violencia alguna de sus muchachos. Y cuando la desesperación le mordía, con sus largos y agudos dientes, he aquí que un desconocido le abordaba, sirviéndole la solución en bandeja.

¿La solución? ¿Podría estar seguro de aquel hombre?

Así, mirándole, preguntó:

—¿Me garantiza usted el triunfo?

—Por completo.

—¿Sin restricciones?

—Ninguna.

—¿Cómo va a hacerlo?

El otro sonrió.

—Eso es cosa mía.

—¡No lo logrará!

—Ya se convencerá. ¿Cómo se llaman esos dos inútiles que llevó esta tarde al Astropuerto?

—Ben Loos y Peter Reb: mis muchachos de confianza.

—No puede tener mucha en ellos. ¿Cuál prefiere que pase el primero?

—¿Pasar?

—Sí; dicho de otra manera, ¿de quién quiere que me ocupe antes?

—Me es igual.

—Mándeme esta misma noche a Peter.

—¿Dónde?

El otro sacó una cartera, extrayendo una tarjeta que tendió a John.

—«Doctor Lewis Sather» —leyó éste—. De acuerdo.

—Bien, pero antes de que nos despidamos, deseo decirle una cosa.

—¿Cuál?

—So voy a ayudarle, de forma que mañana mismo sea usted el dueño absoluto del Sindicato de Descargadores, pero no olvide esto: si intenta engañarme, sus hombres, los que yo trate, se convertirán en gallinas, y los descargadores se encargarán de desplumarlas, dejando que el gobernador haga lo mismo con usted..., si no es que yo prefiero encargarme de su persona.

Sin saber exactamente por qué, Curtis sintió frío en la espalda.

Curtis aseguró:

—No pienso traicionar a nadie.

—Así se habla. Vamos.

Abandonaron el local, y el doctor condujo con la misma pericia, atravesando las avenidas iluminadas a una velocidad de vértigo.

Anudó su corbata, sonriendo a la imagen que reflejaba el espejo que tenía delante.

La voz de Lucio, detrás de él, rompió el encanto, haciendo que frunciere el entrecejo.

—¿De verdad que piensas gastarte todo ese dinero, Pietro?

Se volvió molesto.

—¿Cuándo vas a dejarme en paz, hermanito? ¡Tiempo tendremos de ahorrar! Además, ¿me crees tan loco como para gastármelo todo?

—Te creo tan loco como para hacer cualquier cosa, en presencia de unas faldas.

—¡Bah! ¡Exageras! Lo que ocurre es que un hombre con la cartera bien repleta puede ir por el mundo con tranquilidad. No quiero, como a veces me ha ocurrido por seguir tus consejos, hacer el ridículo.

—Lo que quieras...

Y después de una pausa.

—¿No decías que estabas citado con esa chica el sábado? Hoy no es más que jueves.

—No importa. Estoy tan contento con lo que ha pasado en el Astropuerto que no podría quedarme en casa por nada del mundo. Sé dónde puedo encontrarla y, además, si he de serte sincero, hermanito, estoy deseando verla...

—No tienes necesidad de quedarte en casa. Podrías venir conmigo.

—¿Dónde?

—Voy a reunirme con Stout y charlaremos juntos.

Pietro lanzó una alegre carcajada.

—¡Charlar con Stout! ¡No me cogerás, hermanito! Conozco de memoria los temas..., y ya os veo discutiendo sobre el futuro de la humanidad y sobre otros «rollos» que me harían dormirme..., mientras que junto a Lori...

—¿Se llama así?

Pietro lanzó un suspiro.

—Sí, se llama así, aunque podía llamarse «Preciosidad», «Maravilla», «Divina» o algunas otras cosas más.

—¡Estás como un cencerro!

—¿Loco? Quizá, pero mi locura es la de los hombres de todas las épocas, hermanito..., una locura que mueve el mundo, como la más poderosa palanca que se haya concebido jamás... ¡El Amor!

—Dudo que sepas lo que es el amor en realidad.

—¿Qué sabes tú?

—Es posible que más que tú...

Se fue hacia la salida de la habitación.

Y desde allí, volviéndose apenas, advirtió:

—Ten cuidado, Pietro: no te lo gastes todo, por favor. Tenemos que aprovechar estos tiempos de vacas gordas para ir preparando nuestro viaje a la Tierra.

Pietro dijo:

—Iremos, no te preocupes. Y también te prometo ser consecuente con el dinero.

—De acuerdo. Que te diviertas.

—Gracias, hermanito.

Momentos más tarde salía de la casa, tomando el Metro hasta la zona elegante, donde se permitió el lujo de coger un taxi para llegar ante la luminosa fachada de «The Cockatoo».

Se había puesto su mejor traje y ofrecía, ciertamente, un aspecto agradable. Alto, moreno, con una fortaleza que estaba muy lejos de ser frecuente en aquel lugar, repleto de hombres delgados y flojos, alcoholizados y viciados por un ambiente que les arrancaba la salud a puñados.

Las mujeres se volvían para ver a aquel mocetón que, con una simpática sonrisa en los labios, seguía al camarero que le conducía hacia la mesa que le había sido destinada.

Se sentó, pidiendo un whisky y contempló con sencilla admiración aquel local lujoso y las hermosas mujeres que lo poblaban. Para él, acostumbrado a pasar los días, y muchas veces las noches, en el oruga, dispuesto a lanzarse sobre el astrocargo recién llegado, aquello constituía una novedad agradable, que le sumía en una serie de sensaciones nuevas para él.

Comprendía, no obstante, que le sería imposible venir allí cada noche, como hacían aquellos pálidos y debiluchos sujetos que vestidos lujosamente, miraban hacia el fondo de sus vasos eternamente llenos, sin saber por qué misterioso mecanismo.

El espectáculo constaba, además de las sesiones de baile, de una serie de números de atracciones entre los que destacaba la actuación de Lori Masón, que, momentos más tarde, bajo la luz tamizada de la sala, salía a la pista, envuelta en la dulce melodía que dejaba escapar de sus instrumentos la invisible orquesta.

Lori era una muchacha esbelta, de una belleza poco común, con una

cabellera rojiza que llameaba bajo la luz multicolor de los focos.

Su voz era agradable y cálida, llena de inflexiones que para Pietro eran como increíbles promesas ocultas en cada sílaba.

Bebía sus palabras y la seguía con la mirada, apoyados los codos en la mesa y la barbilla entre las manos.

Ella le miró, sonriéndole, sorprendida de verle en una noche en la que no le esperaba; pero él comprendió que interesaba a la joven y se sintió orgulloso.

* * *

—Otro whisky, por favor.

John Curtis, sentado en un alto taburete, en el mostrador del «hall» del elegante hotel en el que vivía, llevaba dos horas esperando la llamada que le había anunciado el doctor.

Había hablado antes con él, cuando Sather le confirmó que Peter había llegado a la clínica.

«Luego le llamaré. No se mueva de ahí» —le había dicho.

Pero el tiempo pasaba y él no recibía la tan esperada llamada.

Las doce y media.

Curtis se llevó a los labios el raso, sorbiendo un poco del ardiente contenido.

Nunca había bebido como en aquella ocasión, pero no tenía más remedio, ya que el alcohol parecía ser el único remedio para sus atormentados nervios. Pero, a pesar de lo que el whisky le producía, padecía momentos de depresión, considerándose un verdadero idiota al haber confiado en las palabras del doctor, pues estaba convencido de que no conseguiría jamás cambiar a Peter hasta hacer de él un peón que le proporcionase la victoria.

—¡Hola, señor Curtis!

Se volvió, como si le hubiese picado una avispa.

Allí estaba el doctor y Peter Reb a su lado.

Curtis no notó nada extraordinario en Reb, al que conocía desde hacía mucho tiempo. La misma expresión, idéntica manera de sonreír. Quizá hubiese una extraña luz en sus pupilas, pero también era posible que hubiera bebido un poco.

—¿Ha hecho algo Ben? —inquirió el doctor, acomodándose al lado de Curtis.

Peter quedó de pie, inmóvil, al lado del médico.

—Estoy esperando a que llame.

—¿No es un poco tarde?

—Sí, pero no puedo hacer nada.

—Beberemos algo esperando. ¿Qué quieres tú, Peter?

Había habido un ligero cambio en el tono de la voz de Reb, y Curtis se sintió incómodo, sin saber por qué.

Fue entonces cuando él «barman» se acercó.

—Le llaman al teléfono, señor Curtis.

—Gracias.

Fue hacia la cabina, volviendo un par de minutos más tarde.

—¿Qué hay? —inquirió Sather.

—Ben sabe dónde se encuentran Stout y uno de los hermanos Verini.

—¿El matón?

—No, el otro.

—Es igual. Vamos.

—¡Anote eso en mi cuenta, «barman»! —gritó John.

—Bien, señor.

La noche marciana estaba tranquila, y el cielo estrellado, con una notable intensidad luminosa.

—¿Dónde están? —inquirió el doctor.

—En una taberna del barrio Este.

—Bien.

Salieron.

Una vez en el viejo coche de Lewis, el doctor se sentó al volante y Curtis a su lado.

Peter iba detrás.

John esperó que el vehículo se pusiese en marcha.

Y cuando se alejaron, se decidió. Y en voz baja preguntó:

—¿Ha logrado usted algo, doctor?

El otro sonrió, esperando a haber tomado una curva, con su pericia de siempre, para responder.

—Pronto lo verá.

—Parece el mismo.

—Lo es.

—No he notado ninguna diferencia.

Lewis no pudo por menos de dejar escapar una risita breve y cortante, como un cuchillo.

—¿Quería verle con los dientes fuera, como un perro de presa, gruñendo...?

—No, pero...

—Espere. Ya estamos llegando. Cuando le vea actuar, me dirá si he conseguido, honradamente, esos créditos que usted me dará dentro de poco, cada día..., como una hermosa renta.

Capítulo

IV



—DURANTE todo este tiempo —estaba diciendo Stout, con voz sincera—, he estado esperando que ocurriese algo así...

Y como Lucio no dijese nada, prosiguió:

—Nuestro negocio es demasiado importante, amigo Verini: son muchos miles de créditos los que se pagan por la carga y descarga. Ningún trabajador de Marte puede decir que se gane el pan tan limpiamente como nosotros.

—Pero se trabaja duro.

—Sí, es verdad. No obstante, Lucio, no olvides que los colonos lo pasan peor y trabajan en condiciones infrahumanas. Pos eso no no extrañó que aquel tipo nos amenazase con el peligro de que el nuevo y flamante Sindicato de los colonos se sienta atraído hacia el Astropuerto.

—¡No les dejaríamos meterse en nuestros asuntos!

—Eso creo; pero, de todos modos, esto me huele mal, y ya te he dicho que lo esperaba, como un mal que debería llegar fatalmente. For eso, cuando supe que teníamos un nuevo gobernador me esperé algo parecido.

—¡El otro volverá! Era una excelente persona.

Stout sonrió, tristemente.

—¿Has visto alguna buena persona que dure mucho tiempo en un sitio? —preguntó.

—Es verdad.

—Lo que le ha ocurrido al gobernador Warrel no está muy claro, que digamos.

—¿No estaba enfermo?

—Sí. Dicen que lo llevaron a un sanatorio, nadie sabe dónde. Pero yo creo que le han jugado una mala pasada.

—¡Pobrecillo!

Fue entonces cuando la puerta del fondo se abrió, dejando pasar al doctor y a John Curtis.

Stout frunció el entrecejo. Pero no dijo nada.

Precediendo a Curtis, el médico se acercó a la mesa, sonriente.

—Buenas —dijo.

Los otros le saludaron, y el médico; sin que la sonrisa abandonase sus labios, se sentó, haciendo un gesto para que el otro le imitase.

Cuando estuvieren acomodadas, el médico habló.

—Es posible que les extrañe esta visita, pero el tiempo corre y aquí, mi amigo, el señor Curtis, presidente del Sindicato del Astropuerto, ha de irse a la cama con la seguridad de que todo se ha arreglado.

Stout no despegó los labios.

Y el doctor, haciendo que la sonrisa desapareciese de su rostro, que cobró una expresión colérica, insistió.

—¿Es que no ha oído lo que le he dicho, Stout?

—Sí.

—¿Entonces?

—Creo que la opinión de mis muchachos se manifestó claramente esta tarde.

—¿Usted cree?

—Lo creo.

Otra vez sonrió Sather.

—Lamento que olvide usted lo que significa ofender a un presidente de un Sindicato, legalmente constituido bajo los auspicios del gobernador, pensando sólo en el bienestar de los obreros descargadores...

Intervino Lucio, que había permanecido silencioso hasta entonces.

—¿No cree usted, señor mio que está utilizando pobres argumentos de una demagogia archisobada?

Chispearon los ojos del médico.

—¿Quizá son mejor los argumentos que utilizó su hermano, Verini?

—Es posible —repuso éste, agregando—. No me gusta la violencia, pero he de admitir que, en ciertas ocasiones y ante ciertos individuos — y subrayó con una entonación particular estas dos palabras— debe ser empleada como único argumento que comprenden.

—¡Usted lo ha querido! —repuso Lewis, con expresión colérica—. Hemos venido a proponerles, no lo olviden, un arreglo pacífico, algo noble y que su actitud no merecía. Pero, puesto que admiten que la violencia debe usarse en ocasiones, creo que ésta es una de ellas. ¡A partir de este momento, Stout, la violencia entrará en curso legal!

Herbert sonrió.

—No nos atemorizan sus bravatas, «señor-quien-sea-usted».

—Ya veremos.

Se alejaron de la mesa, abandonando el local.

Peter estaba en la puerta.

Llevaba una amplia gabardina y fumaba en silencio, como si nada de lo que pasase a su lado le importase.

—¡Peter!

Se volvió hacia el doctor.

—¿Qué hay?

—¿Conoces a Stout?

—Sí.

—Está ahí dentro, en compañía del tipo que saltó sobre ti esta mañana; es decir, de su hermano, que viene a ser igual. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

Fue un «sí» como un silbido.

El doctor ordenó:

—Entra y demuéstroles que también sabemos nosotros lo que es la violencia.

—O. K.

Peter penetró en el bar, echando una ojeada hasta que descubrió a los dos hombres, en el fondo del local.

Luego, deteniéndose ante la mesa, saludó.

—¡Hola!

Stout y Lucio levantaron la mirada, fijándola en aquel hombre, cuyo ruidoso fracaso recordaban perfectamente.

—¿Qué buscas aquí? —Inquinó el capataz, que ya empezaba a estar molesto por tanta interrupción.

—Os busco a vosotros.

—¿Qué quieres?

—Vengo a mataros.

Verini se estremeció, pero Stout permaneció impassible.

—¿Recuerdas la paliza que recibiste esta mañana?

—Perfectamente.

—¿Quieres recibir otra?

Peter dejó escapar una risita breve.

—¿Vas a ser tú, idiota, quien va a darme esa... paliza?

—¿Por qué no? —repuso Stout, empezando a ponerse en pie.

No pudo hacer más.

La gabardina de Peter se abrió, dejando asomar el cañón de una pistola ametralladora.

Rió de nuevo.

—¿Y ahora? —preguntó—. ¿Vas a darme esa paliza?

Stout se encogió de hombros.

—Esta mañana también tenías una pistola y no tuviste los reñones suficientes para emplearla.

La sonrisa se había helado en los labios de Peter.

—Pero ahora es diferente, amigo... ¡fíjate, si es que tienes tiempo!

El arma estalló de pronto, llenando el cuerpo de Stout de plomo; luego, sin que su rostro expresase la menor emoción, Peter apuntó a Verini.

—Ahora a ti, «macarroni». Así, tu hermanito, el matón, se dará cuenta de que la cosa va en serio...

Lanzó una nueva ráfaga, que deshizo la cabeza de Lucio.

Nadie impidió a Peter la salida. Estaban demasiado aterrorizados para hacerlo.

Una vez fuera y ante los atónitos ojos de John, Peter sopló el cañón de su arma; después, mirando al doctor, que sonreía, dijo:

—Servido, patrón.

—Bien. Vamos, muchacho.

El coche, segundos más tarde, se ponía en marcha.

* * *

El coche era de la muchacha. Pero Pietro tenía el volante entre las manos y disfrutaba sintiéndose el dueño, en aquellos momentos, de la poderosa maquinaria del birreactor De Soto, azul eléctrico, que se

deslizaba suavemente a doscientas millas por hora, sobre la pista exterior de la ciudad.

—¡Qué maravilla! —exclamó.

A su lado, Lori, cuya flameante cabellera se movía, impulsada por el aire de la marcha, sonrió.

—¿Te gusta, Pietro?

—Muchísimo. Se siente uno como si fuera otro.

Lori dejó de sonreír.

—¡Qué equivocado estás!

—¿Por qué?

—Porque nada le hace a uno sentirse diferente, si no es la propia conformidad con uno mismo. Un coche, por muy elegante y moderno que sea, no llena nada... cuando se está vacío.

—¿Te ocurre a ti eso, Lori?

—Es posible.

Disminuyó él la marcha hasta detener el poderoso vehículo. Desde allí, a lo lejos, se veía la ciudad, rutilante de luz, como una feria lejana, como uno de esos espejismos que se deshacen ante la realidad.

¿Era algo más aquella urbe?

—Creí que eras feliz —dijo él.

—Y lo soy... ahora.

Pietro frunció el ceño.

—¿Te molesta alguien? Si es así, debes decírmelo, pequeña. ¡Le romperé los morros mañana mismo!

Ella dejó oír su risa musical y agradable, como el trino de un pájaro.

—¡Eres impagable, Pietro! Me gustas precisamente por eso: por lo indomable y primitivo de tu carácter, por el sentido de la justicia y del honor que tienes. Me recuerdas a aquellos caballeros andantes, de hace muchos siglos...

—Quizá alguno de mis antepasados fuera uno de ellos.

—De eso no hay ninguna duda.

—Ahora en serio, Lori: ¿Por qué no eres feliz?

—No lo sé.

—Es feo mentir, pequeña.

—¿Crees que te miento?

—No hay más que mirarte a los ojos para adivinarlo.

—No sabía que fueras sicólogo.

—Lo soy a ratos.

Ella le miró; luego, como si hablase consigo misma.

—Tú, Pietro Verini, perteneces a un mundo especial, que apenas si puedo concebir: un mundo donde la lealtad, la amistad, la sinceridad y muchísimas otras cosas siguen existiendo.

—¿No las hay en el tuyo?

—No.

Fue una respuesta directa, sin ambages, como salida de lo más hondo del alma, de las regiones donde no podía existir la mentira.

Él tardó unos segundos en preguntarle, sin dejar de mirarla a los ojos:

—¿Y cómo puedes vivir en ese mundo, pequeña?

—Porque no tengo más remedio.

—¿Es que no admitirías otro modo de vida?

—¿Qué quieres decir, Pietro?

El italiano dudó, mordiéndose los labios.

Luego, decidido, dijo:

—Por ejemplo, ¿qué ocurriría si yo te dijese que vinieses a mi mundo?

La respuesta fue clara, terminante:

—No podría admitirlo.

Él sonrió, con un rictus de amargura.

—Comprendo. Yo no podría darte todo a lo que estás acostumbrada.

Lori extendió el brazo, apoyando con cálida preñen su mano sobre el brazo del joven.

—¡No seas estúpido, Pietro! Hablas como en esas insípidas novelas rosas en las que el pobre enamorado no puede procurar a la bella lo que ésta está acostumbrada a gozar.

—¿No es así, pequeña?

—No —entornó los ojos, que se convirtieron en dos largas fisuras en su rostro—. Cuando me has dicho, hace unos instantes, que estabas dispuesto a llevarme a tu mundo, he sentido algo que sería casi completamente imposible de definir, menos de explicar...

—¿Entonces?

Pietro preguntó:

—Perdona, Pietro. Hay cosas que, con franqueza, es mejor que ignores. Tu mundo es muy hermoso y... ¿quién sabe si un día podré escapar del mío y buscarte, si es que aún sigues manteniendo la maravillosa oferta que me acabas de hacer?

—¿Es que hay algo que te tenga prisionera, Lori?

Y como ella no dijese nada, limitándose a apretar los labios con fuerza, él, con vehemencia, exigió.

—¡Explícamelo, pequeña! ¡Dime la verdad! Yo destrozaré, partiré en pedazos a quien, en contra de tu voluntad, te sujete a algo que tú no quieras.

El tono de la voz de la muchacha se hizo frío:

—¿Y quién te ha dicho que yo no lo desee?

Fue como una ducha que cayese súbitamente sobre él.

No dijo más, y para conservar la sangre fría, sacó su paquete de cigarrillos y encendió uno.

Y fue en aquel instante cuando la sensación, la vieja sensación que no había experimentado desde hacía muchísimo tiempo y que, sin embargo, no podía engañarle nunca, se clavó en su pecho, como una cuchillada traicionera.

Hubo una tan profunda y radical transformación en la expresión de su rostro, que la muchacha, alarmada, preguntó:

—¿Qué te pasa, Pietro? ¿Qué te ocurre? —inquirió, llena de pánico.

Los músculos de la cara del italiano se habían contraído, y una expresión indecible apareció en él.

Luego, con voz ronca, exclamó:

—¡Hermano!

—¿Eh? —inquirió la muchacha—. ¿Qué pasa? ¡Por el amor de Dios, contesta!

Pietro la miró, sin verla; después, con movimientos mecánicos, pero rápidos, puso el coche en marcha.

—¿Dónde vamos? ¿Por qué vas tan aprisa?

—Mi hermano debe estar en un gran peligro, Lori.

—¿Tu hermano?

—Sí. Nunca tuvimos ocasión de hablar de él, pero existe: se llama Lucio, es un poco mayor que yo. Y es lo que más quiero en el mundo.

—¿Y por qué imaginas que le haya pasado algo?

Una triste sonrisa entreabrió ligeramente los labios del italiano.

—Puede parecerse una tontería —dijo después—, pero desde que éramos pequeños, podíamos percibir, desde lejos, el peligro que amenazaba a uno u otro.

»Es algo que nunca hemos llegado a comprender, pero que sucede así. He oído hablar que algunos gemelos poseen esa particularidad,

hasta llegar a ponerse enfermo el uno sí el otro lo está, aunque se encuentren separados por millares de kilómetros.

—También lo habla oído decir yo; pero lo vuestro...

—... es distinto, ya lo sé. De todas maneras, la experimentamos desde que éramos muy pequeños, de forma que bastaba pensar en el otro, cuando alguna banda de chicos rivales nos acosaban, para que el otro acudiese enseguida, seguro de que su hermano lo necesitaba.

—¡Es increíble!

Hubo una pausa; luego, la muchacha, sin dejar de mirarle, preguntó:

—Y ahora, ¿has sentido lo mismo?

—Sí, pero con una intensidad muy grande...

Y tras un silencio impresionante concluyó:

—... como nunca lo había sentido.

Conducía, entre tanto, a una velocidad de vértigo, comiéndose materialmente la carretera.

Lori tenía cierto miedo al principio; pero ahora, al darse cuenta de la seguridad de Pietro, de la magistral manera cómo conducía, se sintió completamente segura. Y sin dejar de mirarle de reojo se dio perfecta cuenta de lo feliz que llegaría a ser junto a un hombre como aquél, capaz no solamente de hacerla feliz por entero, sino de defenderla, de colocar entre ella y los peligros que la amenazaran un muro sólido, infranqueable, ancho como su pecho, fuerte como su cuerpo.

Y sin embargo ella no podía admitir la felicidad que él la había brindado. Sonrió amargamente.

Poco después, Pietro detenía el vehículo, con un violento frenazo ante la casa que habitaba en compañía de su hermano.

—¡Un momento, por favor!

Pero ella le siguió, subiendo la escalera tras él y penetrando en el apartamento de los Verini.

Un orden y una limpieza completos reinaban allí y ella admiró todo lo que dos hombres solos eran capaces de hacer, sin la presencia de una mujer.

Lucio no estaba allí.

Pietro recorrió las habitaciones como una tromba. Ni una sola vez llamó a su hermano; pero, a medida que comprobaba su ausencia, sus labios se apretaban más y más, haciendo resaltar los músculos de su rostro, que resaltaban bajo la piel morena como cuerdas tensas.

—¡Vamos!

La precedió y, ella tuvo que correr, con riesgo de desnucarse al bajar la empinada escalera.

El barrio era triste y las casas feas y viejas; pero la alta y erguida silueta de Pietro ponía una nota juvenil y magnífica en todo aquello que sólo a su lado hubiera podido soportar.

Puso el coche de nuevo en marcha y Pietro condujo hacia el barrio extremo, deteniéndose ante cada taberna, preguntando a los escasos clientes que aún quedaban, inquiriendo en todas partes.

Hasta que le dijeron la verdad.

Ya no se molestó en continuar por aquellos lugares y el vehículo recorrió, a una velocidad terrorífica las anchas avenidas que conducían a la parte nueva de la ciudad, hasta detenerse ante un edificio imponente.

El edificio de treinta plantas que se levantaba allí era inconfundible y Lori lo reconoció enseguida; el Hospital General.

La chica bajó detrás de Pietro, estremeciéndose cuando éste, con voz ronca, preguntó al conserje:

—¿El depósito de cadáveres, por favor?

—Al fondo, en la galería.

Ella tuvo que dar las gracias, ya que Pietro corría como un torbellino. Atravesaron un largo pasillo vacío, húmedo empujando luego una doble y pesada puerta.

Un frío extraño reinaba al otro lado.

Había una serie de mesas de mármol en el centro. Todas estaban vacías menos dos.

Pietro avanzó con paso seguro, seguido por la muchacha, que hacía lo imposible por dominar su pánico.

Allí estaba la Muerte.

Se sentía en el aire, en el ruido de los pasos, en el frió que lo envolvía todo, como un sudario inmaterial.

Verini se había detenido ante el cuerpo de su hermano. Y Lori se acercó cautelosamente, no mucho, quedándose a un lado, sin atreverse a mirar más que al rostro de Pietro.

Éste clavó sus ojos azules en la masa sanguinolenta que había sido el rostro de Lucio. Durante unos instantes permaneció inmóvil, como una estatua.

Luego...

La muchacha, desde el otro lado de la mesa de mármol, vio las

lágrimas que descendían silenciosas de los ojos del hombre.

Y, sin saber cómo, adivinó que aquellas lágrimas debían corroer la piel del rostro de Pietro como si fuesen de ácido...

Capítulo

V



ESTABA echado, con los ojos cerrados y oyó perfectamente el ruido que hacía la puerta al abrirse, Pero no se movió.

Los pasos, que sonaron débiles en la entrada, fueron aumentando a medida que el visitante se acercaba. Luego se detuvieron. Pero Pietro no abrió los ojos. Se encontraba bien en aquella especie de bruma espesa que le rodeaba mentalmente, formando una barrera que desdibujaba los recuerdos, arrancándoles mucha de su dolorosa e implacable dureza.

—¡Hola, Pietro!

Reconoció la voz, dejando que la imagen del otro, que se sabía de memoria, ocupase su espíritu unos —instantes; después contestó:

—Siéntate, Loren.

Karl Loren obedeció, dejándose caer en una silla.

Luego miró a su alrededor.

Conocía la casa de los Verini a la que había ido muchas veces; pero ahora, al ver el desorden y la suciedad que reinaba por doquier, como una marca de abandono y desidia, comprendió que así debía estar el espíritu del hombre que estaba echado en el lecho, completamente vestido, con los zapatos puestos.

Loren era un muchacho alto y fuerte, como la mayoría de los descargadores, Y como todos ellos, respetaba y admiraba al hombre que había sido capaz, hacía muy pocos días, de dar una lección a los del

Sindicato.

Aunque ahora las cosas habían cambiado.

—¿No vas a ir a trabajar, Pietro? —inquirió, rompiendo el pesado silencio que caía sobre la estancia.

Verini abrió los ojos.

Los tenía cerrados, cansados y rojizos, aunque era difícil imaginar a aquel hombre llorando. Pero debía haberlo hecho con rabia, con pasión, con odio, como lo hacen, cuando lo hacen, los meridionales como él.

—¿Tienes un pitillo?

Loren le tendió el paquete y Pietro se sentó en el lecho, encendiendo uno. Empezó a fumarlo con visible agrado, pero sin que su expresión se modificase en lo más mínimo.

Después, mirando a Loren a través del humo perezoso, que tardaba en subir hacia el techo, como si estuviese hecho de girones de neblina, preguntó:

—¿Cómo andan las cosas por allá?

—El Sindicato se ha hecho fuerte y todos cotizamos.

—¿Diez al día?

—Sí.

Permanecieron en silencio unos segundos.

—¿Hay un nuevo capataz? —preguntó Pietro nuevamente.

—Sí. Es uno de los tipos que vinieron con el Presidente el primer día: el menos fuerte. Se llama Ben Loos.

—¿No ha protestado nadie?

—No. Después de lo de Stout y lo de tu...

No quiso terminar la frase, arrepintiéndose de haber reavivado el dolor del otro.

Pero Pietro, con voz segura, concluyó la frase de su amigo.

—... de lo de mi hermano Lucio.

—Eso es.

Y como Verini no dijese nada, Loren dijo:

—Llevas quince días sin trabajar y debes de estar sin dinero. ¿No es verdad?

—Sí. He gastado todo lo que teníamos en el entierro de Lucio. Ya sé que puede parecerte una tontería; pero nosotros, los italianos, queremos que nuestros muertos tengan un entierro como Dios manda.

—Yo no te he dicho nada. Lo comprendo.

Pietro dijo:

—Gracias.

—Pero creo que deberías volver.

Pietro se estremeció ante la sola idea de tener que inclinarse ante los asesinos de Lucio.

Pero no tenía más remedio.

—Me arreglaré e iré a trabajar. Tienes razón, Loren: lo mejor es hacer por olvidar... hasta que llegue la ocasión.

—¿La ocasión?

Miró a su amigo, comprobando que los ojos de éste brillaban como carbones al rojo.

—¿Crees que voy a dejar la muerte de mi hermano como si nada hubiera pasado?

Y tras una pausa, continuó:

—No sé quién ha sido, pero lo sabré, más tarde o más temprano. Entonces le vengaré.

—Haces mal.

Pietro preguntó:

—¿Por qué?

—Porque todos nos hemos dado cuenta de que son los más fuertes y, además, tienen la Ley a su lado.

—No me importa. Iré a trabajar y esperaré. Cuando se espera algo así, el tiempo que pase importa poco.

Loren movió la cabeza.

—Lamentaría que te ocurriese algo, Pietro; de verdad.

—Muchas gracias, pero no tengo más remedio que calmar mi conciencia. Lucio murió por mi culpa. Porque era indudable que el asesino me buscaba a mí, que fui quien se levantó contra ellos aquella mañana. Yo siempre creí que serían incapaces de llegar hasta el asesinato... pero me equivoqué. Y puesto que ellos han escogido el camino de la violencia, yo haré lo mismo cuando llegue el momento oportuno.

Deseando torcer el rumbo de aquella conversación, Karl sonrió.

Luego invitó:

—¿Qué, vienes?

—Sí.

Se levantó, mirando con una triste sonrisa el traje arrugado, el mismo que llevaba aquel terrible día, la camisa sucia.

—Espera un momento.

Fue a la ducha, donde permaneció largo rato; luego, cuando salió, llevaba puesto el traje de trabajo, se había afeitado y olía a colonia sencilla.

—Cuando quieras.

Salieron de la casa, tomando un autobús que les condujo hacia el Astropuerto. Pietro se dio cuenta de que apenas si había empezado a amanecer y que el bueno de Loren debía haberse levantado muy pronto para ir a buscarle.

Lucía la primera luz del alba cuando el coche, cargado de obreros, penetró en el recinto del Astropuerto. Cuando bajaron del vehículo, se dirigieron directamente a la cantina.

Muchos hombres saludaron a Pietro, acompañándole en el sentimiento, pero sinceramente avergonzados de no haberse atrevido a ir al entierro del capataz y de Lucio.

Estaban terminando de tomar el café cuando el nuevo capataz entró en la cantina.

Ben fue hacia el mostrador y no se percató de la presencia de Pietro hasta que la sirena sonó, llamando a los descargadores al trabajo.

Se dirigieron todos hacia los vehículos, aparcados en una inmensa nave.

Con una sonrisa maliciosa en los labios, Ben los siguió, acercándose al italiano cuando éste buscaba el coche que Lucio y él habían llevado siempre.

—Tu coche ya tiene conductor y ayudante. —Dijo.

Pietro se volvió.

Sus puños se cerraron al reconocer a aquel tipo; pero, haciendo un esfuerzo, preguntó:

—¿Dónde debo ir, entonces?

—A ninguna parte: no hay sitio para ti en él Astropuerto.

Faltó poco para que Verini se lanzase contra aquel repugnante individuo; pero, pensándolo mejor, se despreció por haber escuchado a Loren, ya que era lógico que sucediese esto.

No dijo nada y salió.

Una vez fuera y mientras esperaba uno de los autobuses de línea regular entre el astropuerto y la ciudad, se dijo, serenamente, que debía buscar trabajó, ya que apenas le quedaban media docena de créditos.

Pero no consiguió nada.

La voz debía haberse dado y nadie quería admitirlo, sobre todo en

cuanto decía cómo se llamaba.

Una cólera ciega se iba apoderando de él.

«¡Peor para ellos si lo que desean es desesperarme! Porque, sea quien sea el asesino de Lucio, yo conozco al culpable directo... ¡Al Presidente del Sindicato!».

Durante todo el día recorrió infinidad de lugares en busca de colocación, llegando hasta intentar trabajar en los servicios de limpieza de la ciudad, pero también le dijeron que no.

Y fue entonces, en el momento que estaba dispuesto a esperar a Curtis a la salida de su hotel para estrangularlo, cuando una idea penetró luminosa, casi cegadora, en su mente.

Y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sonrió.

* * *

Olmer Kutzer estaba sentado sobre el borde de la mesa del despacho, mirando, uno tras otro, a los hombres que ocupaban todos los asientos libres de la estancia.

Eran colonos.

Se notaba en sus trajes costosos pero vulgares, demostrando el avance personal que habían experimentado desde su llegada a Marte, años antes, cuando habían tenido que trabajar como hidroagricultores, hasta que ganaron lo suficiente para dejar que otros hiciesen aquella pesada y horrible tarea.

—Yo puedo garantizarles los precios en los mercados —dijo Olmer.

—No es suficiente —contestó uno de los presentes—. Necesitamos que la mano de obra sea más barata.

—¿Es que los beneficios que obtienen no les bastan?

—No nos engañemos, señor Kutzer. Tanto usted como nosotros estamos aquí para ganar dinero. Y cuanto más sea el que ganemos, mejor.

—Pero yo soy el solo responsable ante el Gobernador.

—¿Responsable? ¿De qué?

—De que no se produzcan disturbios entre los hombres que trabajan en los canales.

—No ocurrirá nada si obra usted como lo han hecho en el Sindicato del Astropuerto. ¿Sabe el destino de los diez créditos por cabeza que se cobran a los descargadores?

—No.

—La mitad va a los Sindicatos y la mitad al Gobernador. Pero tanto éste como aquéllos entregan un veinticinco por ciento de lo que perciben a las empresas de Astrocargos.

—Comprendo.

El otro hizo una pausa; luego dijo:

—Pues eso es lo que queremos nosotros.

—¡Pero no podemos pedir diez créditos diarios, si es lo que ganan en las mejores temporadas!

—Pongamos cuatro, por ejemplo. ¿Qué le parece?

—¿Cuatro? Eso significaría cuatrocientos mil diarios; es decir, doscientos mil para ustedes.

—Eso es.

Y como viesen que Olmer dudase un poco, el que llevaba la voz cantante aventuró:

—Si usted no se considera capaz de hacerlo podemos dirigirnos a Curtis, que nos ha demostrado saber lo que se lleva entre manos.

Kutzer sonrió.

Después, levantándose; es decir, dejándose caer, avanzó hacia el que había hablado.

—Son ustedes muy listos —dijo.

El otro sonrió.

Pero su rostro cambió de expresión al recibir el formidable directo que Kutzer le pegó en la nariz, de la que empezó a manar abundante sangre.

Olmer volvió a su sitio, como si nada hubiera ocurrido.

Y con voz tranquila, pero con tono seco y cortante, dijo:

—Yo soy el Presidente de este Sindicato, Y puedo estar o no de acuerdo con ustedes; pero el primero que vuelva a intentar jugar a mis espaldas, no perderá solamente unas gotas de sangre...

Habían palidecido los otros. Y uno de ellos, apresuradamente, añadió:

—Colmer ha hablado con imprudencia. Le aseguramos, señor Kutzer, que jamás nos dirigiremos a Curtis; puede estar seguro de ello; aunque desearíamos obtener esos dos créditos diarios.

—Los obtendrán.

Se levantaron todos, ya que las palabras de Olmer podían considerarse como la despedida. El que había recibido el golpe procuró salir entre los otros lo más inadvertido posible, con el pañuelo

ensangrentado sobre el rostro.

Al quedarse solo, Olmer encendió un cigarrillo, sentándose después en su sillón. Abrió luego una carpeta y echó una ojeada a las cifras que había escrito allí la noche anterior.

La puerta se abrió y una linda muchacha morena, de ojos zarcos, apareció en el umbral.

—Señor Kutzer...

Era su secretaria y la única persona que tenía a su alrededor, ya que Olmer gustaba de trabajar solo y sus hombres podían contarse con los dedos.

—¿Qué hay, Belinda?

—Un joven quiere verlo.

—¿Quién es?

—Dice que procede del Astropuerto.

—Hágale pasar.

Momentos después, Pietro Verini penetraba en el despacho, mirando a aquel hombre que estaba sentado detrás de la mesa.

Había creído que sería más joven: pero, desde luego, sus anchas espaldas demostraban una fortaleza poco común. Y había en sus ojos una luz intensa.

Pero la frente estrecha, limitada por una pelambrera rubia, demostraba sus bajos instintos y la brutalidad de su carácter.

Era, sin duda alguna, «un duro». Mucho más que el «gallina mojada» de Curtis. Olmer, al menos, tenía el corte de un hombre de acción, que no retrocedería ante el peligro como lo había hecho el otro, en la célebre reunión, aunque asesinó después a dos inocentes.

Sí, no había duda de que había algo en Kutzer que le gustaba: una impresión de fiereza, quizá cruel, que se escapaba de cada detalle de su potente ser.

—Siéntate —le dijo Kutzer.

Pietro obedeció y el otro le tendió una caja de cigarrillos, de la que el joven extrajo uno, encendiéndolo en el mechero de plata que había sobre la mesa.

Luego dijo:

—Soy Pietro Verini.

Capítulo VI



—¿El hermano del muerto?

—Sí.

Olmer asintió, echando humo por las narices. Pero no dejaba de contemplar a su visitante.

Y después de aquella pausa preguntó:

—¿A qué has venido?

—Quiero trabajar para usted.

—¿Crees que lo necesito?

—Estoy seguro.

Olmer sonrió.

—Me gusta esa seguridad. Pero he de advertirte que siempre he trabajado solo. Yo no necesito, como John Curtis, gente que me guarde las espaldas.

—Si yo te admitiese y te quedaras a trabajar conmigo, estarías fuera de la Ley.

—Ya lo sé.

—Sí, pero tú has sido siempre un muchacho honrado. Y si las cosas se ponen mal para nosotros, puedes imaginarte a dónde iremos a parar: la cámara electrónica, si los tipos de la SIP nos echan el guante.

—Cuento con ello.

—¿Tan desesperado estás?

—No es eso. Mataron a mi hermano y me he jurado que lo vengaré. La falta de dinero me hizo volver al trabajo... pero me dijeron claramente que allí no había sitio para mí. Tampoco en la ciudad, donde no me han querido admitir en parte alguna.

—Es natural.

—Entonces, ¿quiere decir eso que usted tampoco me admite?

La sonrisa se amplió en el rostro de Kutzer.

—¡No corras tanto, muchacho! A veces, las prisas no son nada buenas. Yo también, como debes imaginarte, estoy bajo las órdenes del Gobernador.

Y tras un corto silencio, sonriendo tristemente, Fietro dijo:

—Comprendo, señor... eso quiere decir que usted, al admitirme se pondría en una situación violenta respecto a lo mandado por Su Excelencia...

—En efecto.

Pietro se levantó dirigiéndose hacia la puerta.

Pero el otro le detuvo.

—¡Un momento!

Verini se volvió, serio, decidido.

—¿Qué hay?

—Quiero decirte un par de cosas es decir, hacerte un par de preguntas.

—Venga.

—¿Serías capaz de prescindir de las armas de fuego, aunque tus adversarios las tuviesen?

Pietro sonrió.

¡Otro que había olvidado la violencia fiera!

—¿Ha olvidado usted cómo murió mi hermano? —inquirió.

—No has contestado a mi pregunta.

Verini reflexionó; luego contestó:

—Sí, sería capaz de prescindir de las armas de fuego.

—Bien. Eso no quiere decir que en ciertas ocasiones haya que emplearlas; pero quiero demostrarles que no las necesitamos.

—Que no las...

—Sí, Pietro, eso quiere decir que ya estás admitido.

Los ojos de Verini brillaron de alegría.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias! ¡Haré lo imposible por complacerle!

—Eso espero.

—Pero sáqueme de una duda; por favor.

—¿De cuál?

—¿Va usted a atacar al otro Sindicato?

Olmer sonrió.

—Ésa es mi idea, Pietro. Ya comprenderás que este Sindicato no es más que «Miseria y Compañía», y fíjate si estoy dispuesto a entrar en materia que quiero probarte esta misma noche.

Pietro se volvió a sentar, obedeciendo a un gesto del otro. Éste fue al mueble bar y sirvió dos «whiskies» bien medidos.

Y después de entregar la copa al joven, preguntó:

—¿Sabes quién mató a tu hermano y al capataz?

Pietro cerró los puños.

—¡Ojalá lo supiese! —exclamó.

—Yo lo sé.

La copa temblaba en la mano de Verini de una manera aparente. Y fue con un tono de voz apagado, casi ahogado, como preguntó:

—¿Quién es?

—Peter Reb.

—¡Lo haré pedazos!

—¡Alto ahí! Tú obedecerás mis órdenes y dejarás tu pasión a un lado. Escucha, me interesa apoderarme del otro Sindicato y no hay más que una forma de lograrlo...

—¿Cuál?

—Por el terror. Conozco a John Curtis desde hace mucho tiempo. Él, lo queramos o no, es el preferido del Gobernador y éste no me hará nunca caso hasta que vea que el Sindicato del Astropuerto no rinde lo que espera de él.

—Comprendo.

—Yo no sé aún cómo se las han agenciado para convertir a Peter, al que también conozco perfectamente, en un frío asesino. Por eso necesito echarle la mano encima, aunque no me importa que le des una buena paliza.

—¡Será de las que no se olvidan fácilmente!

—No cantes victoria tan pronto muchacho. Reb va armado y ha demostrado saber usar su pistola ametralladora...

—¡Canalla!

—Domínate. Y esta noche misma, dentro de un rato, irás a un sitio

donde yo te diré... ¿Conoces «The Cockatoo»?

Pietro no pudo evitar una sonrisa cargada de tristeza... y de recuerdos.

—Sí —dijo.

—Mejor. Loos estará allí. Procura esperarle a la salida... y obra como se te antoje, siempre que me lo traigas entero. Abajo hay un coche. Pídele las llaves a mi secretaria y andando.

—¡A la orden!

Pietro pasó al otro despacho, dirigiéndose hacia la joven:

—El patrón me ha dicho que me diera unas llaves, las de un coche que hay abajo.

—Bien.

Se fijó en ella, mientras la muchacha buscaba en un cajón.

No era, ni mucho menos, la belleza deslumbrante de Lori, pero todavía tenía un algo de irresistible atracción.

Le gustó.

Mas no era el momento de dejarse llevar por una pendiente sentimentalista, que no venía a cuento.

No obstante, cuando ella le tendió el llavero, dijo:

—Es usted muy bonita, ¿lo sabe?

Y ella, imperturbable, le contestó:

—No. ¿Quién se lo ha dicho?

Rieron los dos y él abandonó el edificio, sacando del garaje un torpedo rápido, seguro y potente, de la clase de coches que le gustaba.

No había acabado mal la jornada.

Y mientras conducía hacia el barrio residencial de New City, sonrió, seguro de sí mismo.

Sin pensar en ningún instante que iba a enfrentarse a un asesino consumado y sin piedad.

* * *

Aquel día el equipo «B» fue el que consiguió el primer puesto en la descarga.

Loren era su jefe.

Hablaron después del trabajo, pensando en la prima que debían percibir y que compensaba un poco el hueco que la cuota producía en su salario. Así, contento por lo menos, Loren, en nombre de los otros,

fue al despacho que el capataz tenía en su barracón especial, al extremo de una de las pistas.

—¡Adelante! —le respondieron desde dentro, cuando llamó a la puerta.

No le agradó mucho ver que el «otro», el que todos suponían ser el asesino de Lucio Verini y de Stout, estaba allí, junto a su amigo, el nuevo capataz.

—¿Qué quieres? —inquirió éste.

—Venía por la prima.

Ben enarcó las cejas.

Luego, con un tono divertido y burlón en la voz, preguntó:

—¿Qué prima es ésta?

—La que cobra siempre el equipo que hace el mejor trabajo de descarga y almacenamiento.

—No sabía nada. Explícate más claramente.

—Siempre ha sido igual, señor. El equipo vencedor, por el control del robot-contador, percibe cien créditos por cabeza, que les son abonados al final de la jornada.

Ben sonrió.

Y mirando a Reb, dijo:

—¿Muy divertido, eh?

—¡Estos tipos se creen príncipes! —dijo el otro.

—Pero... —Intentó decir Loren.

—¡Silencio! —rugió Peter.

Y acercándose a él le gritó a la cara:

—¡Se acabaron las primas, idiota! ¿O has creído que vais a ganar el dinero así como así?

Loren sintió que una furia irresistible se apoderaba de él.

—¡No hay derecho! —gritó—. ¡Vosotros sois los que ganáis un dinero que no merecéis! ¿Qué os habéis creído? ¡Ya está bien que os llevéis miles de créditos cada día!

—¿Quieres hacer el gallito, eh?

—¡Yo sólo quiero que me paguéis la prima mía y la de mis compañeros! Es algo que se ha percibido siempre y con lo que no consentiremos que os quedéis. Os aseguro que...

El resto murió en su garganta.

Sacando su metralleta, Reb le golpeó con el cañón, abriéndole el rostro de lado a lado.

Karl emitió un grito sordo, llevándose las manos a la cara. La sangre corría libremente entre sus dedos.

—¡Lárgate de aquí, idiota! —rugió Peter—. ¡Vete antes de que te saque los ojos con el cañón de mi pistola! ¡Fuera!

Loren retrocedió, temblando, dejando detrás de él un denso reguero rojo.

Cuando hubo desaparecido, Peter miró a su compañero.

—¿A cuánto asciende esa prima?

—Tres mil créditos.

—Dame dos mil.

—¿Eh?

El otro encendió un cigarrillo.

—Dame dos mil.

—Pero... ¿y el patrón?

—No hay patrón que valga. Nadie sabe nada de la prima. Y, además, la hemos conseguido nosotros, ¿no ha sido así?

—Sí, pero...

—¡Dame ese dinero te digo!

—¡No puedo hacerlo! Si el Presidente se enterase...

La metralleta, con el Cañón aún manchado, volvió a aparecer en la mano de Peter.

—¿Quieres probar esto, imbécil?

Una palidez cerúlea cubrió el rostro de Ben.

Luego, abriendo la caja, contó los billetes, tendiéndoselos al otro.

—Toma, Peter, pero esto no nos saldrá bien.

—¡No seas estúpido! Y procura tener cerrada la boca. Cada día, con un poco de vista, podremos ganarnos unos créditos que no nos harán ningún daño.

Se guardó el dinero y la metralleta.

Sonrió a Ben y dijo:

—Me largo. Quiero ir, como cada noche, al «Cockatoo». ¿Vienes?

—No. Prefiero quedarme aquí.

Reb se encogió de hombros.

—Como quieras. Hasta mañana... a la hora de cobrar la prima.

Curtis había facilitado un vehículo al asesino y éste se dirigió hacia el local donde prefería pasar las noches, contemplando, con ojos ardientes, a Lori, mientras ésta cantaba.

Cuando llegó allí, la muchacha estaba justamente realizando su

última intervención, y Peter la contempló, arrobado, poniéndose luego a beber y esperando estar lo bastante «lleno» para volver a su casa.

Estaba contento, Y satisfecho.

Las cosas iban bien y lo único desagradable era tener que ir, una vez por semana, a casa del doctor, obligación que le imponía Curtis y a la que no podía faltar.

Era incapaz de recordar lo que pasaba en aquella habitación blanca en la que el doctor le dejaba. Sólo sabía que se dormía, despertándose horas después, sin haber experimentado nada raro.

El local se iba vaciando poco a poco.

Fastidiado, Peter tiró la colilla del cigarrillo que acababa de encender y se levantó, dejando un billete sobre la mesa.

Caminó con paso firme hacia la salida.

El alcohol no lograba excitarle, ni mucho menos le embriagaba. Tampoco le ayudaba a levantar el ánimo ni le proporcionaba euforia alguna.

Era un asco.

Una vez fuera, marchó hacia el aparcamiento donde había dejado su coche. Pero en el momento que pisaba el césped del parque, una alta silueta surgió de la oscuridad poniéndosele delante.

—¡Hola asesino!

No era muy intensa la luminosidad que reinaba allí, pero Reb reconoció enseguida al muchacho que tenía delante.

Una sonrisa de satisfacción entreabrió sus labios, dejando ver sus dientes amarillentos y mal cuidados.

—Me iba a la cama —dijo, sin dejar de sonreír— porque estaba aburrido. ¡De verdad que no pensaba divertirme tanto!

Pietro no dijo nada.

Estaba inmóvil, frente a su adversario, pero todos sus músculos se hallaban en tensión, bajo la piel, tensos como cuerdas tirantes.

—Maté a tu hermano, pero no he dormido tranquilo ninguna noche pensando cuánto me habría gustado matarte a ti. ¿Por qué eres tan loco como para venir en busca de la muerte?

—Hablas mucho, sucio asesino. Hablas como todos los cobardes, para darse ánimos con sus palabras.

—Di lo que quieras, imbécil... ¡para lo que vas a durar!

Pietro preguntó:

—¿Tú crees?

—Sí.

La metralleta estaba en su mano, antes de que Verini pudiera darse cuenta.

—Voy a divertirme un poco contigo, estúpido. Si te matase ahora mismo, acabaría mi placer en un instante... y hoy no lo he pasado nada bien.

Pietro guardó silencio y permaneció inmóvil, mirando a su enemigo.

¡Le hacían ahora muchísima gracia las recomendaciones de Kutzer! ¡Ya le gustaría verle aquí, ante una metralleta, en manos de un asesino, que en cualquier instante podría apretar el gatillo, enviando una rociada de plomo que nada podría detener!

Sin embargo, se mantuvo sereno, con los músculos en tensión.

—¿Tienes miedo, eh?

—¿Lo crees?

—¡Seguro! Estás pensando en que, en cualquier momento, puedo echar el dedo hacia atrás, un poco solamente. Bastará una pequeña presión para que te llene las tripas de balas... como hice con Stout.

Y como Pietro no dijese nada, prosiguió sádicamente:

—Con tu hermano fue diferente: le volé la cabeza. ¿No viste el cadáver?

Pietro se dio cuenta de que aquel canalla intentaba sacarle de quicio, obligarle a hacer un movimiento para poder disparar, deteniendo su impulso.

Por eso hizo un esfuerzo sobrehumano, logrando mantenerse quieto.

—¿No dices nada? —inquirió el otro.

Y fue en aquel preciso instante cuando Pietro saltó hacia adelante.

Fue algo magistral. Se lanzó en plancha, desviando un poco el cuerpo, lo suficiente, na obstante, para que la ráfaga que lanzó Keb, sorprendido por la rapidez del italiano, no le tocase.

La mano derecha de Pietro se agarró con fuerza a la gabardina del otro, tirando de ella, aprovechando al máximo el impulso que le empujaba, obligándole a perder el equilibrio.

Su contrinante mantenía el dedo engarfiado al gatillo de la metralleta, que continuó escupiendo plomo.

¡Tac-a-tata...!

Se vaciaba el cargador a ojos vista. Y así, cuando Peter cayó, arrastrado por su adversario, ya no quedaba ni un solo cartucho en el cargador.

Pero no le importaba.

Al caer, utilizó el arma como solía hacerlo, lanzando el afilado cañón hacia el rostro de Pietro.

Éste lo esquivó; pero, de todos modos, el cañón afilado del arma, que iba dirigido a sus ojos, le rasgó la piel del pómulos derecho, hundiéndose profundamente en la carne.

Mordiéndose los labios para evitar el dolor, Pietro consiguió deshacerse del peso del otro, que había caído encima, lanzando su pie izquierdo contra el rostro de Peter, que recibió el golpe entre los ojos, lanzando un alarido de dolor.

Cayó de espaldas, al mismo tiempo que Pietro se ponía en pie, dándole otra patada en la sien cuando Peter se incorporaba un tanto.

Un nuevo rugido de dolor.

Verini no estaba satisfecho; por lo que, a pesar de recibir la metralleta en pleno pecho, que el otro le lanzó con toda su fuerza, se mordió los labios y se lanzó contra su adversario, golpeándole sin piedad.

Fue más tarde, cuando Reb no era más que una masa inerte, inmóvil, sobre la arena del paseo, que Verini recordé las recomendaciones de Olmer y respiró, fatigado, antes de cargarse al otro sobre sus hombros.

Lo dejó caer en el asiento posterior del torpedo; tomó el volante y arrancó.

Una sonrisa de triunfo ornaba los labios del joven mientras regresaba a los barrios del sur, donde Kutzer tenía su puesto de mando.

Capítulo

VII



OOS siguió contando los fajos de billetes que había recaudado en los últimos días, ya que era él el encargado de hacer la recaudación de las cuotas que, sólo una vez por semana, llevaba a Curtis, para su ulterior distribución.

Había colocado las monedas de a crédito en un saquito de lona y amontonaba ahora los billetes, sujetándolos, en fajos, con anchos elásticos de color claro.

Ben amaba aquel trabajo.

Y no era sólo por la satisfacción que le procuraba el que el Presidente le confiase tan delicada labor; era, sobre todo, por el placer que experimentaba sentándose, en su oficina del Astropuerto, completamente solo; es decir, acompañado por aquella fortuna que no se cansaba de contar y recontar.

Hay gente que desea el dinero por lo que éste significa de poder, otros lo quieren para convertirlo en el objetivo de sus caprichos o deseos; pero existe una tercera clase, los que gozan viéndolo, aunque no les pertenezca, aunque sepan que jamás lo poseerán: a esa clase pertenecía Loos que, como muchos cajeros de Bancos y empresas importantes, no conciben la existencia sin acariciar los papeles con unos seguidos de cero, gozándose en el cálculo detallado de la fortuna ajena.

Para Ben, los montones de billetes que tenía sobre la mesa

significaban algo que hubiese difícilmente explicado; pero estaban allí, podía tocarlos y ordenarlos a su gusto...

Y eso le bastaba.

También era interesante el proceso de su llegada hasta allí y Ben se regodeaba recordando que los hombres, uno a uno, iban dejando montones de monedas o un solo billete —diez créditos por cabeza—, que se iban reuniendo, hasta formar aquellas respetables cantidades que hubieran hecho la delicia de cualquier común mortal.

Analizando ahora su reacción ante las exigencias de Peter, Ben tenía que confesarse que en su oposición no hubo sólo el deseo de que Curtis no se enterase de aquello, sino una especie de odio y de defensa hacia cualquiera que intentase desbaratar los montones contados, disminuyendo una cifra que se sabía de memoria.

¡Al diablo con Reb!

Desde que había cambiado de aquella forma, Ben no sentía hacia él la misma amistad que antes.

¡Al diablo con Reb!

Encendió un cigarrillo, recostándose en el sillón, sin separar la mirada de los montones de billetes, acariciándolos mentalmente, recontándolos una y otra vez...

Cuatrocientos ochenta mil créditos.

Podían ser dos mil más, si aquel animal de Peter no hubiese metido la zarpa en la suma total; pero, después de todo, poco le importaba lo ocurrido, ya que pensaba hablar claramente a John, diciéndole la verdad y demostrándole que él no se había quedado con un solo centavo.

¡Allá Reb y sus ambiciones desmedidas!

Además, si a él le hubieran consultado —si Peter no hubiera estado en el despacho cuando Loren entró—, quizás hubiera concedido la prima, o parte de ella, puesto que de apretar demasiado la garganta de los descargadores podían producirse nuevos escándalos.

Y él no estaba dispuesto a convertirse en el blanco exclusivo de los hombres del Astropuerto.

Entornó los ojos, pero los abrió enseguida, no dando crédito a lo que estaba viendo al otro lado de la mesa.

¡Un hombre!

¿Cómo había entrado sin que él lo oyese, surgiendo de la oscuridad que había fuera del campo de la lámpara del escritorio, como una aparición fantasmagórica?

¡No podía ser!

Y, sin embargo, el hombre estaba allí, mirándole, con una sonrisa divertida en los labios.

El silencio era pesado y producía en Ben una sensación de angustia incontinente.

—¡Hola! —saludó el hombre, desgarrando brutalmente el silencio.

Loos tragó saliva.

—Ho... la —acertó a decir.

—¿Puedo sentarme?

La mirada de Ben no se separaba de los billetes; por eso, reuniendo el poco valor que le quedaba, señaló uno de los sillones, el más alejado de la mesa.

—Allí —dijo—, por favor.

—Gracias.

El hombre tomó asiento donde Ben le dijo. Éste le observó detenidamente, fijándose en sus cabellos rubios, que le bajaban por delante hasta llegar casi hasta las cejas, dejando un estrecho pasadizo de piel blanca, una frente apenas existente.

—¿Quién es usted? —inquirió por fin.

—Olmer Kutzer —repuso el otro.

Ben se quedó sin habla. No conocía al enemigo de su patrón más que de oídas, por lo que había escuchado en el viaje, cuando vino a Marte, con John y los otros. No obstante, sabía de su fama de hombre implacable, de su crueldad y de su ambición desmedida.

¡Pero nunca pensó que se atreviese a venir allí, dentro del territorio legal de Curtis!

Si al menos tuviese a Peter a su lado...

Pero su naturaleza de hombre de confianza de Curtis le prestó arrestos. Y dominando el miedo que sentía, preguntó:

—¿Qué desea usted?

—¡Oh! Es una simple visita... por ahora. Sé que Peter ha salido y he enviado a un amigo para que se encargue de él.

Ben notó que tenía la camisa empapada de sudor. Pero no dijo nada.

El otro sacó un paquete, encendió un cigarrillo y señalando al montón de billetes dijo:

—¿Son las «cotizaciones» de un solo día?

—Las de cuatro.

—No está mal.

Por un momento, Ben se sintió orgulloso, satisfecho de demostrar a aquel hombre que, por muy terrible que fuese, mandaba un Sindicato de piojosos, que el de Curtis era el más importante.

—Hay cuatrocientos ochenta mil créditos.

—Bonita suma, ¿eh, Ben?

—No está mal.

Hubo una pausa; luego, Olmer, poniéndose en pie y acercándose a la mesa, afirmó:

—Voy a llevarme este dinero, Loos.

—¿Eh?

¿De dónde sacó ánimos aquel fantoche?

La verdad es que no podía tolerar que tocasen el dinero, su dinero, el que acababa de contar y alinear de manera tan cuidadosa. Por eso, ciego, sin medir las consecuencias de lo que hacía, se lanzó furiosamente sobre el otro.

Fue un ataque burdo, elemental, improvisado.

Kutzer no hizo más que moverse hacia un lado, parando sin dificultad el golpe que el otro le dirigía. Luego lanzó su izquierda.

El puño, al chocar con el rostro de Ben, produjo un fuerte chasquido demostrando que algunos huesecillos de la cara podían haberse hecho polvo.

Loos se desplomó, como un saco de tierra, quedando tendido en el suelo.

Sin darse demasiada prisa, Olmer colocó lo que había en la mesa en un maletín que había dejado en la sombra, junto a la puerta.

Luego salió, echando una última mirada a Ben, que seguía inmóvil, sin que casi se sintiese su respiración.

«Shock» —pensó Kützer, sonriendo.

Y abandonó la, estancia.

* * *

Deteniendo el vehículo en las cercanías de la casa y tras comprobar que no habla nadie en aquel barrio desierto, Pietro se echó al hombro el cuerpo de Peter, subiendo la escalera y deteniéndose en el rellano para llamar al timbre.

Una voz aguda inquirió, desde el otro lado de la puerta:

—¿Quién es?

—Pietro.

Se oyó descorrer el cerrojo y la faz de Belinda apareció mirando con ojos asustados a Verini y a la carga que éste llevaba.

Luego se hizo a un lado, abriendo la puerta completamente, de modo a dejar pasar al joven.

Pietro penetró en el vestíbulo y soltó el bulto sobre un amplio sofá.

El cuerpo de Reb hizo gemir los muelles del mueble.

—¡Uff! ¡Cómo pesa este cerdo!

Belinda seguía junto a la puerta, que había cerrado poco a poco.

—¿Quién es? —inquirió.

—Un canalla, un asesino. Él hombre que mató a un buen amigo mío y a..., mi hermano.

—¡Oh!

Pietro sonrió.

—¿Y el jefe?

—Salió, pero dijo que volvería pronto.

—¿Alguna orden para mí?

—Sólo dijo que le esperase.

—Bien.

Se dejó caer en un sillón, secándose el sudor. Luego encendió un cigarrillo.

Miraba a la joven que, por último, se sentó detrás de la mesita sobre la que había una máquina de escribir.

—No lo comprendo —dijo Pietro, en voz alta.

Ella levantó la cabeza, mirándole.

—¿Qué es lo que no comprende, señor...?

—Su presencia aquí. Me llamo Verini, pero puede llamarme Pietro.

—¿Y es mi presencia aquí lo que no comprende, señor Verini? —preguntó ella, haciendo caso omiso de la invitación del joven para que le llamase por su nombre.

—Sí.

—¿Por qué... si es que puede saberse?

—Porque no parece usted, hablando francamente, una muchacha como la que se imagina uno encontrar en este ambiente, junto a un hombre como Olmer.

—Poco me importa lo que usted piense del señor Kutzer; para mi, sépalo de una vez, es mi jefe y yo soy su secretaria: ni más ni menos. ¿Lo entiende?

Asintió:

—O. K. No hace falta que me haga un croquis: no soy tan corto de entendederas.

—Perfectamente. Y ahora que he satisfecho su curiosidad, ¿me permite una pregunta?

—Si lo que quiere saber son los motivos de mi presencia aquí...

—No, no soy tan curiosa como usted. Lo que me gustaría saber es el tipo de mujer que usted imaginaba encontrar, como ha dicho, «en este ambiente».

Pietro sonrió.

Luego, recordando a Lori, sintió una vaga sensación de calor en el pecho.

—Conozco una muchacha que encajaría perfectamente aquí.

—¿Cómo es?

Se la describió y ella sonrió al notar los prolijos detalles de él que no eran, ni muchísimo menos, indiferencia hacia aquella muchacha.

—Debe de ser muy linda..., aunque creo que la he visto.

—¿Es posible?

—Sí. ¿No actúa en «The Cockatoo»?

—¡Eso es! ¿La vio? ¿Verdad que es maravillosa?

—Canta muy bien...

Y después de una corta pausa, midiendo la importancia de lo que iba a decir, añadió:

—También conozco a su marido.

Pietro recibió el golpe de una forma tan inesperada que no pudo disimular la impresión que había recibido, palideció y sus ojos lanzaron chispas.

—¿Ha dicho que conoce a su marido? —preguntó, con un acento de incredulidad en su voz.

—Sí. ¿No sabía que estaba casada?

—No.

—Ha debido salir poco del Astropuerto.

—Ésa es la verdad —y picado por una curiosidad que tenía mucho de salvaje ansia de venganza inquirió—: ¿Quién es su marido?

—Un personaje muy importante en la ciudad... ahora. En realidad, esa muchacha, que se hace, llamar Lori Masón, tiene otro nombre.

—¿Cuál?

—Lori Cross.

—¿Eh? ¿Quiere decir que es la mujer del gobernador?

—Sí, aunque desde que él ocupa el alto puesto que ocupaba Warrel, no se han vuelto a ver.

—¡Ahora lo comprendo todo!

—¿Le dijo ella algo?

—No, pero...

Belinda comprendió perfectamente, pero no dijo nada, dejando que el muchacho siguiese solo con el curso de sus ideas.

Fue entonces cuando la puerta se abrió, dando entrada a un Olmer sonriente, cargado con un maletín que parecía pesar lo suyo.

Miró a la muchacha y saludó:

—Hola, Bel.

—Hola, señor Kutzer.

—Puede irse ya, pequeña. Es muy tarde.

—Como usted mande.

Se echó la gabardina sobre los hombros y sin mirar a Pietro, que continuaba abstraído, abandonó la estancia.

Olmer dejó el maletín en el suelo, acercándose al sillón donde Peter respiraba profunda y sonoramente.

—¡Buen trabajo, muchacho! ¿Te dio mucho que hacer?

Verini movió la cabeza, bruscamente, de un lado a otro, como si intentase alejar de golpe las ideas que vagaban por su cerebro. Miró a Kutzer y sonrió.

—Se puso un poco pesado, pero logré dominarle, aunque pasé un mal rato.

—¿Disparó?

—Hasta agotar las municiones.

—¡Bravo! ¡Sabía que lo lograrías... —señaló el maletín—, aunque yo he hecho también mi trabajito! ¡Unos cuantos millares de créditos que les he cogido a los del Sindicato del Astropuerto! Creo que es el importe de cuatro días de «cuotas».

Pietro miró el maletín, sintiendo un picor en las manos.

—¡Pobres muchachos! —No pudo menos que exclamar.

Olmer le miró, frunciendo las cejas, lo que hizo que lo poco de frente que tenía desapareciese por completo.

—¿Dices que pobres muchachos? ¿Quiénes?

—Los que trabajan sin descanso, para que unos granujas se lleven lo que sudan.

—¡Eh, eh, eh, alto ahí! —exclamó Olmer—. ¿Qué clase de lenguaje es éste?

Pero Verini no podía contenerse.

La vista del dinero robado a sus antiguos compañeros, que, como su hermano y él, habían conocido las fatigas de los días y las noches, en los pequeños orugas, yendo y viniendo a velocidades de vértigo sobre la superficie resbaladiza y peligrosa de las pistas, le ponía fuera de sí.

Y avanzando unos pasos lentamente hacia el otro, exclamó:

—¡Sí! ¿Qué importa que sea Curtis o seas tú quien se lleve eso? ¿Sabes, acaso, lo que cuesta ganar esos créditos? ¿Conoces los peligros de las pistas, los patinazos, los vuelcos, con pérdida de prima y sueldo por deterioro de las mercancías?

Respiró profundamente, llenando de aire sus poderosos pulmones.

Luego prosiguió:

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa! ¡Siempre aprisa! El espacio, en las pistas, es limitado y es necesario descargar, muchas veces, cuando un astrocargo revolotea sobre el Astropuerto, esperando que otro se vaya para ocupar su puesto. Mercancías, sedas para las mujeres elegantes de la ciudad, botellas para los borrachos, perfumes, drogas. ¿Qué importa que los hombres se deshagan, se destrocen, choquen los vehículos, que la prisa impulsa a una velocidad de vértigo?

Olmer no dejaba de sonreír cínicamente.

Y cuando Pietro terminó de hablar, le preguntó:

—¿Qué quieres? ¿Que se lo devolvamos a esos pobrecitos?

Los puños de Verini se cerraron, hasta clavarse las uñas en las palmas de los dedos.

Estaba decidido.

—¡Eso es lo que voy a hacer, aunque tenga que romperte los morros!

Y se lanzó sobre el otro.

Estaba seguro de alcanzar el rostro de Kutzer; pero sus puños barrieron el aire, sintiendo, al mismo tiempo, el impacto de un directo en la sien, que le hizo pensar que su cabeza había estallado.

Cayó sobre sus piernas, que se doblaron como si se hubieran convertido en cera derretida.

—¡Imbécil! —exclamó Olmer, dándole una patada en la boca—. ¿Has creído que esto es una organización de Beneficencia? ¡Debería matarte, pero será mejor hacerte comprender que estás a mis órdenes y que la próxima vez que repitas una de estas tonterías te destrozaré la cabeza!

Medio atontado, tendido en el suelo, con la boca llena de sangre, Pietro no separaba los ojos del maletín repleto de dinero.

Capítulo

VIII



El rostro de Curtis estaba blanco: además diminutas gotas de sudor perlaban su frente y caían, reunidas, más gruesas, por los surcos profundos que dibujaban las arrugas en la grasienta y brillante piel.

—Ha desaparecido —dijo—. Como si se lo hubiese tragado la tierra.

El doctor Sather, sentado frente a él, no decía nada. Se había limitado a encender un cigarrillo y parecía reflexionar...

—Justamente —prosiguió diciendo John, después de pasar un pañuelo por su cara— los tipos esos del Astropuerto, los descargadores, están enfadados porque les hemos quitado una prima que cobraban cada día los que terminaban primero su trabajo.

Suspiró, mirando con envidia el rostro tranquilo de su interlocutor.

—Y eso no es lo peor.

—¿Hay algo más?

—Kutzer.

—¿Qué ha pasado?

—Nos robó ayer la cotización de cuatro días. Se presentó en el despacho de Loos y se llevó el dinero. ¡Me lo temía hace mucho tiempo!

—¿Quiere decir eso que tampoco cobraré yo?

El otro se encogió de hombros, poniendo en aquel gesto toda su

impotencia ante los acontecimientos con los que no contaba.

—¿Qué quieres que haga?

La tranquilidad de la expresión de Lewis cambió de repente, como si la cólera hubiera subido a su rostro como una oleada de sangre.

—¡La culpa es tuya y del gobernador!

—¿Por qué?

—¡Por no haber seguido mis consejos! Es decir, lo que ocurre es que os duele aflojar la «pasta» ¡eso es todo!

—Pero...

—¡Déjate de peros! Si hubieras hablado claro a Cross, si le hubieses dicho que yo os podía proporcionar la victoria: rotunda, eliminando a cuantos fueran lo suficientemente locos como para oponerse a nuestros proyectos, nada de esto hubiera ocurrido.

—Se lo dije.

—Ya lo sé; pero tampoco ignoro la manera cómo se lo dijiste. ¡Le tienes miedo, John! Tiembles como una mujerzuela cada vez que entras en aquel despacho. ¿No es verdad?

John se mordió los labios, enrojeciendo un poco; pero no dijo nada.

—¡Si le hubieras hablado con valentía!

—Yo... —balbució el otro.

—¡Pero yo lo haré!

Apenas acababa de pronunciar aquellas palabras, cuando se abrió la puerta del despacho y Harry Cross, en persona, apareció en el umbral.

Su rostro no poseía, exactamente, una expresión agradable.

Sin echar más que una breve ojeada al doctor, se dirigió hacia donde se encontraba Curtis, que hubiera dado cualquier cosa porque la tierra se lo tragase.

—¿Es verdad, Curtis, que Kutzer ha robado el dinero?

—¿Quién se lo ha dicho a usted?

—Ben. ¿Es verdad, te pregunto?

—Sí.

Cross cerró los puños.

Y con una voz cargada de rabia murmuró:

—¡Qué mal hice en no escucharle! Si lo hubiera hecho, nada hubiese ocurrido... —extendió el brazo, señalando con el índice el pecho de Curtis—. ¡Pero confíe en ti, imbécil, cometiendo el error más grande —de mi vida!

—Todavía no se ha perdido nada.

Cross se volvió como una víbora al oír las palabras que Lewis pronunció a su espalda.

—¿Quién le ha dado permiso para meter las narices en esto? Además ¿quién es usted y qué demonios hace aquí?

El otro sonrió.

—«No se suba a la parra..., “gobernador”. ¿O cree que no le he conocido antes, en Boston, cuando...?»

Harry se había puesto pálido como el papel.

—¡Cállese!

Y después de una pausa, preguntó:

—¿Es usted el doctor Sather?

Éste asintió:

—Sí.

—¿Este? —y señaló a John— me habló de usted y yo acepté el plan para que convirtiese a Peter en algo que pudiera servirnos.

—Pero Peter ha desaparecido.

—¿También?

—Seguro que Kutzer lo ha eliminado.

Cross se pasó la mano por la frente.

—¡Maldito! ¿Quiere deshacernos, eh?

—Seguro.

Hubo una larga pausa.

Harry se había dejado caer en un sillón y después de extraer un cigarrillo de su pitillera, lo encendió con un visible temblor de manos.

Sather le contemplaba, en silencio, con un asomo, apenas perceptible, de sonrisa en los labios.

Luego dijo:

—He dicho antes que todo se puede arreglar, incluso la recuperación de lo robado.

—¿Cómo?

—May sencillo: repartiendo la totalidad de los beneficios en tres partes iguales.

Los ojos de Harry brillaron como si estuviesen cargados de chispas.

—Explíquese —ordenó.

—Perfectamente: un treinta y tres para usted, otro treinta y tres para el Sindicato y el resto para mí.

—¿Y qué haría usted en cambio?

—Mucho. Acabar con esta situación estúpida, calmar a los

descargadores y suprimir sus protestas, poner fuera de circulación a Kutzer y recuperar la suma robada.

—¿Se cree capaz de cumplir todas esas promesas?

—Así es. Pero además aconsejaría fundir los dos Sindicatos, abarcando el de los colonos, que también es interesante, si se poseen los medios que yo voy a proporcionar.

—¿Y cuáles son esos famosos medios?

—Una buena banda. Ustedes tienen hombres, muchos, que no sirven para nada. Están acostumbrados a utilizar el cerebro y han olvidado cómo se maneja una pistola o una metralleta. Lo que hice con Peter puedo repetirlo, en unas horas, con un par de docenas de muchachos, lo que haría una banda invencible.

—Lo creo; pero ¿cómo consigue usted transformar de esa manera a un individuo?

El otro sonrió, complacido.

—Me gusta su pregunta, gobernador..., sobre todo porque puedo contestarla sinceramente, ya que no hay peligro de que nadie me imite.

Hizo una pausa un tanto teatral. Después re —puso:

—Existe una sustancia natural que aparece en la sangre, en cierta cantidad, cuando nos encolerizamos: es una especie de espuela que nos impele que nos empuja a la agresión.

—¿Cómo se llama esa sustancia?

—Adrenalina,

—Es verdad. Lo leí en algún sitio, no recuerdo exactamente dónde.

—Me alegro que lo recuerde, gobernador. Pues bien: mi procedimiento consiste en injertar una bolsa de adrenalina en cierta parte del cuerpo del individuo. La bolsa está especialmente concebida y posee un conductor por el que la sustancia pasa directamente a la sangre.

»Lo interesante del proceso es que esa adrenalina no se vierte hasta que el individuo se encuentra en una situación determinada, cuando su propio organismo lo reclama. Entonces, cuando su propia adrenalina sale al torrente circulatorio, la válvula de mi vejiga se abre y una cantidad cien veces mayor se vierte en la sangre, convirtiendo al hombre en una máquina de matar.

—¡Muy interesante! Y cuando la bolsa se vacía... ¿qué hace usted?

—Volver a cargarla. Así lo hice con Peter.

—Perfecto. Creo que me ha convencido, doctor, y que puede considerarse como el tercer socio de esta organización.

—¿Cuándo me darán esos hombres? Conviene actuar lo más rápidamente posible.

—Curtis se los dará inmediatamente.

Cerró los puños con rabia y exigió:

—¡Quiero que le den una lección a ese Kutzer! ¡Una hermosa y definitiva lección! También deseo que los descargadores estén tranquilos, ¡aunque tengamos que eliminar a una docena de ellos!

El doctor sonrió. Después aplaudió la decisión de Cross.

—¡Así me gusta, gobernador! ¡Es usted de los míos! ¡Un hombre de acción al que no gusta perder el tiempo!... Y hablando de tiempo —agregó, volviéndose hacia Curtis—, ¡ya estás llamando a esos hombres! Esta noche habrá en New City la banda más terrible que se haya conocido jamás. ¡Que vaya temblando Kutzer!

* * *

Una desagradable sensación se le manifestó en el mismo instante, en que abría los ojos. El sabor de boca era insufrible y tuvo que enjuagársela varias veces, dándose cuenta, al dirigirse al lavabo, que estaba en una habitación de la casa de Olmer.

Se estremeció de odio al pensarlo.

Luego, cuando se miró al espejo, comprobó que tenía los labios hinchados, de la patada que había recibido.

¡Maldito!

Verdad es que gracias a él había dado una buena paliza a Peter, aunque hubiese preferido matar a aquel asesino; pero, a pesar de todo, no podía sentir simpatía alguna por un hombre como Kutzer que estaba dispuesto a quedarse con lo que los pobres descargadores habían sudado.

La imagen del espejo biselado le sonrió despectivamente.

Y aunque las palabras que pronunció eran suyas, se hizo la ilusión de que era «el otro», el del espejo, quien las decía: —¡Iluso! ¡Estúpido! ¿Es que crees aún en Papá Noel? Verdad es que no estás acostumbrado a vivir entre gente como ésta... pero ¡despierta de una vez! ¡Kutzer es tan bandido como Curtis, como el gobernador y como todos los que permiten esto! ¡Incluso los de la SIP!

Se detuvo. ¿La SIP?

¡Qué extraño era que no hubiesen tomado cartas en el asunto!

Aunque todo tenía una explicación lógica, ya que el Sindicato estaba

protegido por el gobernador y éste, aunque suplente, gozaba de una autoridad que le conferían sus derechos de nombramiento por el Consejo de la Tierra.

¿Qué podía hacer la Spacial International Police, si no había sido requerida para nada?

¡Si pudiera avisarla él!

Pero no debía hacerse ilusiones: seguro que la correspondencia estaba siendo censurada por los esbirros del gobernador, sobre todo las cartas que pudieran ir dirigidas a Donald Callowan, el prestigioso jefe de la SIP.

Pietro recordaba muchas de las cosas que había oído de aquel hombre extraordinario, de aquel cazador incansable de delincuentes que de haberse hallado allí, hubiera terminada con aquel abuso escondido bajo una capa legal que lo hacía aún más repugnante.

Terminó de arreglarse, pensando en mil cosas distintas. Luego abandonó la habitación, viendo que ésta daba a un pasillo en cuyo final, y al otro lado de una puerta que abrió fácilmente, se hallaba el despacho de Olmer.

¡El maletín estaba sobre la mesa!

Pietro no dio crédito a sus ojos hasta que, acercándose, tocó la piel usada del maletín, viendo después que no estaba cerrado con llave.

Lo abrió, seguro de encontrarlo vacío.

Pero sus ojos se abrieron desmesuradamente al contemplar los fajos de billetes que lo atiborraban por completo. Cogiendo uno de ellos, lo acarició, no con ambición de poseerlos, sino pensando en las gotas de sudor que había costado cada uno.

¿Quién podía impedirle que los devolviese a sus legítimos dueños?

Iba a cerrar el maletín cuando la puerta exterior se abrió y Belinda apareció en el umbral, frunciendo el entrecejo al ver al joven.

—¡Ahí! —exclamó—. ¿Estaba usted aquí?

—Sí, ya lo ve...

Ella se acercó, mirando el espacio abierto de la tapa del maletín.

—¡Dios mío! ¡Cuánto dinero!

Verini asintió, tristemente, con la cabeza.

Luego dijo:

—Sí, señorita Cower..., mucho dinero. Dinero que unos hombres ganaron para que otros, de la categoría de ese bandido de Kutzer, se lo lleven limpiamente...

—¡Un momento, señor Verini!

—¿Qué?

—¡Yo no puedo tolerar que hable usted así de mi patrón!

Se volvió hacia ella, furioso, fuera de sí.

—¿Es que está usted ciega? —aulló—. ¿O es que disimula hasta este punto?

—¿Yo? ¡Es usted un...!

—¡Déjese de bobadas! Olmer es un criminal, un delincuente y este dinero pertenece a mis amigos, a los pobres hombres que lo ganaron trabajando como Kutzer no lo hizo en su vida...

—Pero...

Un ruido de frenos atrajo a Pietro hacia la ventana. Separando los visillos, echó una rápida ojeada a la calle.

Dos vehículos se habían detenido y hombres armados con metralletas bajaban de ellos, penetrando unos en la casa y quedándose otros en la calle, vigilando.

Por un momento, Verini se regocijó al pensar que podía ser la policía, la SIP, que acudía, ¡por fin!, a ayudarle; pero enseguida, nada más ver a uno de ellos, al primero que entró en la casa, comprendió que se había equivocado.

¡Era Benn Loos!

Pero un Ben Loos distinto, con una expresión de asesino en el rostro y una metralleta en la mano, que empuñaba ferozmente.

Volvióse a la muchacha.

—¡Es la banda de Curtis! ¡Seguro que vienen a por el dinero!

Parecía que la muchacha estaba convencida de cuanto él habla dicho. Porque, cogiéndose a su brazo, mortalmente pálida, preguntó:

—¿Qué hacemos, Pietro?

—¡Escapar!

—Pero... ¿por dónde?

Pietro reflexionó unos instantes, mientras abajo alguien aporreaba la puerta. Hasta que, de repente, una ráfaga de metralleta rompió el silencio que se había hecho, demostrando al joven que los de Curtis habían arrancado la cerradura a balazos.

—¡Vamos! ¡Saldremos por el tejado! ¿Hay algún arma aquí?

—Lo ignoro, pero mire en el cajón.

—¡Cierre mientras el maletín!

Tuvo la suerte de encontrar una «Lüger» en el cajón, con un

cargador especial y dos de recambio.

Se los metió en los bolsillos.

Luego, cogiendo el maletín, apremió a la joven.

—¡Vamos! ¡Aprisa!

Al fondo del pasillo había una escalera que conducía a la terraza. Y por ella subieron, hasta desembocar en la parte superior del edificio.

Desde allí, como calculó Verini, podían ir saltando de terraza en terraza, alejándose de aquellos lugares malsanos por la presencia de los hombres de Curtis.

Se asomó al borde.

Las balas silbaron rabiosamente a su alrededor; al tiempo que oía voces procedentes de la calle, lo que le demostró que se habían dado cuenta de la huida.

—¡Corramos!

Saltó de un tejado a otro, seguido por la muchacha, que también parecía ágil, aunque era muy posible que el miedo le prestase alas.

No habían llegado a la tercera casa cuando un silbido les rodeó, al tiempo que los proyectiles arrancaban trozos de yeso sobre las chimeneas, desconchándolas en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Agáchese, Belinda! —ordenó Verini.

El joven se volvió, haciendo fuego, sin resultado.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Pero no podía esperar otra cosa, ya que no estaba acostumbrado a manejar armas.

¡Si hubiera sido con los puños!

Una nueva ráfaga le hizo inclinarse velozmente.

Y cuando se levantaba de nuevo para disparar, esperando que la suerte le favoreciese en aquella ocasión e hiciese blanco, algo le golpeó en el hombro izquierdo, lanzándole, como un fardo, contra una chimenea, contra la que se golpeó duramente.

Una niebla grisácea, que iba oscureciéndose por momentos, le envolvió.

Consideróse definitivamente perdido.

Capítulo

IX



Lo estuvo mucho tiempo inconsciente, o al menos así lo creyó él. Porque cuando apenas acababa de caer, sintió que Belinda le tiraba del brazo, esforzándose por moverle del sitio donde se había desplomado.

Contribuyendo casi inconscientemente al esfuerzo de la muchacha, la siguió hasta que ella, con voz cálida y acariciadora, ordenó:

—¡Quédese aquí, Pietro! La chimenea le protegerá... No se mueva...

Estaba como sumido en un estado especial más profundo por el golpe que se había dado al caer contra la chimenea que por el disparo, aunque el brazo le colgaba, inútil, doliéndole bastante.

Lo miró.

Tenía la mano manchada de sangre que le había ido escurriendo por el interior de la manga, procedente de la herida del hombro.

Una chimenea más allá, Belinda disparaba y las balas de los enemigos seguían silbando alrededor, furiosas, como abejas interrumpidas en su labor.

—¡Eh, Belinda!

Pero ella no le oyó.

Levantándose penosamente, Pietro notó que las fuerzas le volvían, al tiempo que la sensación de inestabilidad desaparecía por completo.

Tenía que ayudar a aquella pobre muchacha.

Corriendo, con el cuerpo inclinado, atravesó el espacio abierto que había entre las dos chimeneas, llegando junto a la muchacha.

—¡Deme la pistola, pequeña! Se ha portado muy bien, pero esto es cosa de hombres.

Ella sonrió, dándole el arma.

Y fue entonces, cuando él se dispuso a disparar, que vio los cuatro cuerpos tendidos sobre la terraza, con los brazos en cruz o en posturas análogas.

Se volvió a ella.

—¿Los ha matado... usted?

—Sí.

Y después de una pausa, hablando rápidamente como si deseara terminar cuanto antes con aquella penosa confesión, ella dijo:

—Le engañé. Formo parte de la banda de Kutzer desde hace tres años.

—¡Pero eso no debe importarle ahora, amigo! ¡Lo interesante es salir de aquí!

Sonriendo tristemente, Pietro le tendió el arma.

—Tome..., y perdone por lo que dije antes de que esto era asunto de hombres: usted sabe, y lo ha demostrado, manejar este cacharro mejor que yo. Por lo tanto, en sus manos será de más utilidad.

Una ráfaga le hizo agacharse y la muchacha, asomando por el otro lado de la chimenea, disparó.

—¡Uno menos! —exclamó.

¡Era formidable!

Pietro no dejaba de considerar la cosa y cada vez estaba más convencido de que una especie de mala suerte le perseguía cuando se trataba de mujeres...

¡Cuánta razón había tenido su hermano cuando le decía que no encontraría lo que necesitaba!

Porque deseaba, desde muy joven, un hogar. Y por debajo de lo que podía parecer una actitud un tanto donjuanesca, no había, en realidad, más que el ansia de tener a su lado a alguien a quien amar y que le amase.

Desde que Belinda le había dicho que Lori era la mujer de Cross, Pietro logró olvidar a aquella deliciosa mujer, poniendo los ojos sobre Belinda que, a todas luces, parecía ignorar el ambiente criminal en el que, por circunstancias desconocidas pero aceptables, se encontraba.

¡Y ahora resultaba ser un miembro activo de la banda de Kutzer!

Se encogió de hombros; luego, recordando bruscamente algo, preguntó:

—¿Y el maletín?

Ella se encogió de hombros.

—Debió quedarse allí, cuando le llevé hasta la chimenea para protegerle...

—¡Tengo que buscarlo!

—¡No sea loco!

Pero Pietro no la escuchaba ya y se había lanzado de un salto hacia otra chimenea situada delante de la que ocupaba.

—¡No vaya!

Las balas silbaban peligrosamente, trazando líneas en el cemento, a su alrededor.

Tubo la muchacha que adelantarse para cubrirle de manera más efectiva. Y Pietro, después de recorrer el espacio de la casi totalidad de la terraza donde se hallaban, se convenció de que el maletín había desaparecido.

El cese del fuego le convenció aún más.

Los de Curtis, una vez conseguido el dinero, se retiraban, ya que se habían percatado de que aquella muchacha tiraba como un demonio.

Ella corrió hacia él.

—¿Lo ha encontrado?

—No. Al final, esos canallas se han salido con la suya.

—Kutzer lo recuperará.

Fue como si le cruzasen la cara con un látigo.

Volviéndose hacia la muchacha, la miró con ojos brillantes.

—¡Kutzer! ¿Y qué me importa que lo recupere ese asesino? Que lo tenga él o Curtis, me es igual...

Y como se diese cuenta que ella tenía la pistola en la mano, humeante aún:

—¿Por qué no dispara contra mí? ¡Hágala! Pruebe su puntería conmigo, señorita secretaria... ¡Ja, ja, ja! ¡Qué imbécil he sido al creer que era usted una mujer decente!

La chica se puso blanca y también blanqueó el nudillo del dedo que se posaba sobre el gatillo.

Pietro hubiera jurado que iba a disparar.

Pero Belinda, bajando el arma, dijo:

—Debía matarlo por imbécil..., pero no merece, la pena: no vale usted lo que una bala.

—Ya lo sé —replicó él—. Yo no soy un maletín repleto de créditos. Y se alejó, furibundo, con los puños cerrados.

* * *

Había caído la noche, y una lluvia fina, la que es posible en Marte, ponía brillos irisados sobre el asfalto.

El coche se deslizaba silencioso y potente.

Juntó al conductor, Ben Loos miraba a los pocos transeúntes que paseaban por las amplias aceras, iluminados por la potente cascada de luz de los escaparates.

El del volante gruñó.

Luego preguntó:

—¿No crees que estamos perdiendo el tiempo, Ben?

Loos no contestó enseguida.

Tenía sobre las rodillas su metralleta y la acariciaba como si fuese una joya.

Más tarde repuso:

—Tenemos que encontrar a Kutzer, Burt. Esa es la orden.

—»¡Pero llevamos horas y horas recorriendo la ciudad!

—No importa. En alguna parte estará. Los otros están también buscando: tenemos que encontrarle y matarlo.

—Eso no me importaría si fuese ahora mismo. ¡Me estoy cayendo de sueño!

La voz de Loos sonó implacablemente dura:

—¡Aguántate, Burt! ¿O quieres dormir de una forma que no despiertes jamás?

El otro se estremeció.

Conocía a Ben desde hacía mucho tiempo y se preguntaba desde que salió con él, qué demonios le había ocurrido para convertirse, así, de golpe, en un «duro» ciento por ciento. Ben había tenido pánico a las armas de fuego y ahora, no había más que verlo, no dejaba de acariciar aquella terrible metralleta.

—¿Te sientes bien, Ben?

—Perfectamente. Es una caza emocionante y lo será aún más cuando levantemos el vuelo a ese pájaro, Una vez eliminado, y que trabaja sólo,

seremos los dueños absolutos de la ciudad.

—¡No está mal!

—¡Que va! Unidos los Sindicatos, no tendremos más que ir contando billetes, como el hermoso montón que hemos recuperado... ¡Con lo que me dolió cuando ese canalla se los llevó!

—¿No pudiste impedirlo?

—No. Yo no era como ahora. Pero todo ha cambiado, y ese cerdo va a pagarme el mal rato que me hizo pasar en la oficina.

—Si lo encontramos.

—Lo hallaremos, aunque tengamos que estar una semana recorriendo las calles de New City.

Las palabras de Ben hicieron que el otro, sin poderlo evitar, bostezase hasta casi romperse las mandíbulas.

Y fue en aquel momento cuando la orden de Ben sonó seca, como un trallazo:

—¡Frena!

El conductor obedeció.

Mirando hacia el otro lado Ben se inclinó para poder hacerlo por delante de Burt.

Y una sonrisa de satisfacción entreabrió sus labios.

—Sí, es el.

—¿Quién?

—Da la vuelta, despacio y no avances, cuando estés al otro lado, demasiado rápido.

Giró al vehículo, suavemente, poniéndose en dirección contraria a la que seguía, junto a la otra acera.

—¿Le ves?

—¿Quién?

—Ese tipo alto, sin gabardina, que parece que no se moja.

—Sí.

—Es Pietro Verini, el canalla que se pasó a Kutzer y que perdió el maletín en la terraza. Segura que Olmer lo ha enviado a alguna cosa.

—¿Crees que ese tipo sabe dónde está el otro?

—¡Naturalmente!

Y después de una pausa ordenó:

—Vete acercándote con cuidado... Yo saltaré a la acera cuando estemos a su lado.

—De acuerdo —repuso Burt, satisfecho de todo aquello, ya que

podía significar que le dejaran ir a dormir.

El vehículo avanzó, acelerando discretamente; luego, cuando estuvo casi a la altura del peatón, Ben abrió la puerta, saltando ágilmente a la acera.

Y empuñando la metralleta se acercó a Pietro, poniéndole el cañón en los riñones, sobre los que ejerció una presión fuerte.

—¡No te muevas, «macarroni»! ¡Y levanta los brazos!

Pietro, sorprendido, obedeció.

—Ve hacia el coche.

Lo hizo, entrando en el vehículo, seguido por Ben que, sin soltar la ametralladora que tenía en una mano, le registró concienzudamente, sorprendiéndose al no encontrar arma alguna.

—¡A casa de Curtis! —Gruñó al conductor.

No pronunció una palabra más, y cuando llegaron a la casa, apretó el cañón en la espalda de Pietro, empujándole para que entrara.

Momentos después estaban en el despacho de John, que también parecía fatigado y con cara de sueño.

—¡He cazado a éste, jefe!

—Bien. ¿Y Kutzer?

—El italiano nos dirá dónde está.

Pietro miraba con odio a aquellos hombres. Pero no despegó los labios.

—¿Dónde está tu jefe? —inquirió John.

—Yo no tengo jefe.

—¿Y Kutzer?

—No es mi jefe.

—¡No importa! ¿Dónde está?

—¡No lo sé!

El cañón de la metralleta le golpeó, sin que viese venir el golpe, ya que Ben estaba detrás de él. El punto de mira de acero le rasgó la piel de la nuca, abriendo una brecha honda.

No pudo contener un grito, ya que el arma le produjo un dolor lancinante e insoportable.

—¡Contesta! —rugió Ben—. ¿Dónde está Kutzer?

La rabia cegó a Verini.

—¡No lo sé! Pero si lo supiese os lo diría... ¡Porque tengo ganas de verle muerto y esperar después que vosotros, banda de granujas, paguéis todo lo qué habéis hecho!

Ahora fue con la culata con lo que Ben le golpeó sobre la oreja derecha.

—¡Déjate de monsergas y contesta! ¿Dónde está Kutzer?

—¡No lo sé!

El punto de mira le rasgó de nuevo la nuca. Y Pietro, a pesar de todo, lanzó un alarido de dolor.

Se volvió a Ben, con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Tira esa metralleta, cobarde! ¡Tírala y pelea como los hombres, con los puños! ¡Te desharía el rostro a puñetazos! ¡Te lo volvería mermelada! ¡Cobarde!

Ben iba a golpearle fríamente, de nuevo cuando la puerta se abrió y una voz fuerte se dejó oír.

—¿Qué demonios pasa aquí?

Era el doctor que, con un cigarrillo en los labios, atravesó la estancia, yendo a sentarse en un rincón, no lejos de Curtis.

Éste le explicó quién era Verini y lo que intentaban saber de sus labios.

—No hace falta golpearle más —dijo Sather—. No obtendréis nada de esa manera...

—¡Déjeme sacarle un ojo con el cañón de la metralleta, y ya verá si habla! —rugió Ben.

—¡No!

Pero Sather no pudo evitar una sonrisa de orgullo.

Allí estaba Ben, una de sus obras, demostrando una agresividad que jamás había tenido.

Le miró complacido, pero severo.

—¡Atalo! —ordenó.

Pronto estuvo hecho.

—¡Vamos a mi habitación!

Hasta John le siguió, curioso, sin atreverse, no obstante, a preguntar nada.

Una vez en su alcoba, Lewis ordenó a Ben que tendiese al prisionero en la cama. Loos le empujó, haciéndole caer sobre el mullido lecho.

Mientras, Sather preparaba una inyección, que aplicó, sin que Pietro pudiera evitarlo, en la vena de uno de los brazos de éste.

Se dio cuenta, entonces, de que estaba herido.

Y después de la inyección examinó la herida del hombro.

—No es grave —dijo—, pero voy a limpiarla. Si tuviese fiebre, no

podríamos obtener resultados claros.

—¿Qué le has inyectado? —preguntó Curtis.

—Pentotal.

Y como el otro arquease las cejas, en gesto interrogativo, aclaró:

—Es el llamado «suero de la verdad». Libera las ideas del inconsciente y anula las defensas de la voluntad.

Curó cuidadosamente la herida de Verini que, con los ojos cerrados, parecía dormir.

Cuando hubo terminado, Sather se sentó junto al lecho, empezando a hablar con el italiano. Al principio, éste no contestaba o lo hacía por medio de incomprensibles monosílabos.

Pero, poco a poco, las palabras fueron fluyendo de su mente, y contestó, concretamente, a cuantas preguntas le hizo el otro.

Quince minutos más tarde, el doctor se levantaba.

Y volviéndose a los otros dos dijo:

—Ya veis que este tipo no sabe nada. Kutzer lo ha empleado como un simple peón de ajedrez...

—¡Maldito Olmer! —rugió Ben.

—Ya lo encontraremos —repuso el médico.

—¿Y qué hacemos con éste? —intervino Curtis.

—¡Matarlo! —rugió Loos—. ¡Déjenmelo!

—Todavía no. —Contestó Lewis—. Puedes encerrarlo en el sótano, por el momento.

Y cuando Ben salió, llevando sobre los hombros al prisionero:

—Este tipo goza de un gran prestigio entre los descargadores del Astropuerto. Estoy preparando una droga que anula la voluntad, sin necesidad de producir el sueño. Si lo consigo, la inyectaré a Verini, que se convertirá en el nuevo capataz..., directamente a nuestras órdenes.

Y soltó una carcajada.

Capítulo

X



OY Yo...

Pietro apenas oía.

La bruma del pentotal seguía aún haciendo pesar sus efectos nebulosos sobre su cerebro. Y aunque se encontraba mejor que al despertar, cuando creyó morirse de náuseas y mal sabor de boca, no estaba aún completamente restablecido.

La voz volvió a decir:

—Soy yo...

¿De dónde venía aquella voz?

Lo más probable es que siguiese soñando u oyendo la voz del doctor que le iba arrancando la verdad, palabra a palabra, sin que él, impotente, atado por la droga, pudiera hacer nada por evitarlo.

Pero no, aquélla no era la voz de Sather.

¿Entonces?

Afinó el oído cuanto pudo, mientras la persona que estaba a su lado le empujaba, haciéndole volver sobre un costado y empezando a cortar las ligaduras que le apresaban las manos.

—Estése quieto...

¡Ahora había reconocido aquella voz, y un torrente de recuerdos cayó sobre su cerebro, despabilándose casi por completo!

—¿Qué hace usted aquí, Belinda?

—¡Cállese ahora y estése quieto!

Obedeció.

Pero a medida que iba recuperándose por completo, no podía evitar una cierta repugnancia de sentir a su lado a aquella mujer, por la que empezó a experimentar algo limpio y que luego resultó...

—¡Póngase de pie! —le conminó la muchacha.

Intento hacerlo, pero de no haber sido por la ayuda de Belinda, se hubiera desplomado.

—¿Se siente mejor?

—No lo sé. Tengo las piernas dormidas y los brazos, las muñecas, como muertas.

—Espere.

Sintió las manos suaves de la muchacha que, en la oscuridad, le frotaba vigorosamente las muñecas.

El contacto con aquella piel le hizo estremecerse; pero venciendo la inquietante sensación que se apoderaba de él, tiró de los brazos.

—¡Déjeme! ¡Ya estoy bien! ¡Gracias!

Ella no dijo nada.

Pasaren unos instantes de silencio.

Luego, Belinda le preguntó:

—¿Ya está dispuesto a andar?

—Sí.

—Deme la mano.

Obedeció, mordiéndose los labios, pero obedeció.

Ella tiró de él, hasta que se detuvo y le advirtió:

—Cuidado. Aquí empiezan los escalones. Hay dieciocho. Luego todo es llano.

—Bien.

Los fue contando.

Una vez arriba, ella encendió una lámpara de bolsillo, y Pietro vio entonces el cuerpo inmóvil de Ben, de cuyo pecho salía un poco de sangre, alrededor del cuchillo que tenía clavado sobre la región del corazón.

Tragó saliva con dificultad.

—¿Fue... usted? —No pudo por menos de preguntar.

—Sí.

Poco después, tras seguir un pasillo que olía a humedad, Belinda tiró

de una puerta y el aire de la noche, casi de la mañana, puesto que el alba no estaba lejos, acarició el rostro del italiano.

Respiró con fruición.

Belinda le había soltado la mano y, después de unos pasos, cuando estuvieron en la calle, dijo:

—Vamos por ahí; a la derecha. Tengo el coche cerca.

El vehículo, en efecto, estaba en una esquina. Momentos más tarde, la muchacha lo ponía en marcha, dirigiéndose hacia el barrio Sur de la ciudad.

—¿Dónde vamos?

—Con Kutzer.

Pietro se estremeció.

Y ella, como si hubiese adivinado lo que el joven pensaba, dijo, tuteándolo por primera vez:

—Tienes que decidirte, Pietro, Ya has visto que nosotros nos preocupamos de ti y te hemos sacado de ese atolladero.

—Sí, es verdad...

—Con Kutzer estarás tranquilo. Con él o contra él; no hay otra disyuntiva.

—Bien.

Pero no estaba convencido.

Fue entonces, un poco después, cuando notó el bulto del bolso de la muchacha entre ella y él, sobre el asiento. Y una idea se abrió camino en su mente, con la violencia luminosa de un relámpago.

Suavemente, milímetro a milímetro, movió sus dedos hasta llegar al broche del bolso, que abrió con sumo cuidado. Luego, sus ávidos dedos penetraron en el interior, cerrándose con fuerza en la culata de la pistola que ella llevaba allí.

La retiró con idéntica suavidad.

Belinda no se había dado cuenta de nada y seguía conduciendo, ya dentro del barrio sur, deteniéndose, poco después, ante la casa de Kutzer.

—Ya hemos llegado.

Él sonrió, y mirándola fijamente, contestó:

—Sí, ya hemos llegado. Y no sabes, preciosa, cuánto lamento muchísimas cosas...

Belinda preguntó:

—¿Te has vuelto loco, Pietro?

—Lo he estado por ti. Pero, desdichadamente, no eras lo que yo pensaba, y ahora he de obrar pagándote el favor que me has hecho con la misma moneda que vosotros pagáis comúnmente: la traición.

—Pero...

No la dejó acabar.

Su puño derecho salió disparado hasta chocar con la mandíbula de la muchacha, que cayó sobre el asiento sin conocimiento.

—Lástima —musitó él—, porque eres muy bonita, muchacha.

Se encogió de hombros y abandonó el vehículo, penetrando en la casa, oscura y silenciosa.

Pero conocía el camino.

De puntillas, al ver que había luz en el despacho, avanzó suavemente, hasta empujar, sin ruido, la puerta, mientras empuñaba la pistola con la otra mano.

Kutzer estaba allí.

El hombre levantó la cabeza, frunciendo el entrecejo, lo que hizo desaparecer su frente por completo.

—¿Ya estás aquí? —inquirió—. ¿Y Belinda?

—En el coche.

—¿Por qué no ha subido?

—Porque la he dejado dormida de un puñetazo.

—¿Si?

Fue en aquel momento cuando se fijó en la pistola que Pietro empuñaba.

—¿Qué significa esto?

—Que voy a matarte, Kutzer.

—¿Estás loco?

—Puede ser. Pero antes de que me encierren en un manicomio o en la cárcel, me es igual, quiero, al menos, borrar de la vida a una de las alimañas que oprimen a mis compañeros. Ya sé que quedan otras y que no podré matarlas a todas. Pero quizá, movidos por tú ejemplo, haya otros hombres que se jueguen la vida para terminar con el cáncer que ha caído sobre la ciudad. ¡Prepárate, porque vas a morir!

—¡Te haré mi socio, Pietro! ¡Serás rico!

Eran las palabras que esperaba oír.

—Nada me importa el dinero, sino el impedir que bichos como tú sigan haciendo daño a los que trabajan.

Y oprimió el gatillo.

Una, dos tres, cuatro, cinco, seis veces...

Kutzer se desplomó, pesadamente, sobre el despacho.

Pietro abandonó la estancia; cuando pasó junto al vehículo echó una ojeada a Belinda, que seguía sin sentido. Sin poderlo evitar, acarició sus hermosos cabellos negros.

Luego se alejó.

Minutos después penetraba en una de las Centrales de Policía local; presentándose al sargento de guardia.

—Vengo a entregarme —dijo.

—¿Qué ha hecho?

—Acabo de matar a Olmer Kutzer.

Y, como se imaginaba, ya que aquella policía dependía del gobernador, el sargento llamó a dos agentes.

—Registradlo, desarmadlo y encerradlo.

Y Pietro tuvo tiempo, antes de salir de allí, de oír cómo el sargento marcaba un número, llamando, sin duda alguna, a Cross, para comunicarle la buena nueva.

EPÍLOGO

Oyó pasos por el pasillo; luego, cuando los pasos se detuvieron al otro lado de la puerta, se dejó oír el cerrojo.

Y la puerta se abrió.

Un policía estaba allí.

—Vamos.

Le siguió, sin preguntarle nada, hasta que se encontró en el despacho, donde le hicieron firmar un papel. Luego, el mismo policía le condujo hasta la puerta, señalándole un coche que había junto a la acera.

—Suba allí.

Salvó la distancia que le separaba del coche, a cuyo volante había un chófer uniformado.

La portezuela estaba abierta.

Y fue al inclinar el cuerpo para entrar cuando vio a Belinda y a un hombre que, a su lado, fumaba un habano de impresionante tamaño.

—¡Sube!

Lo hizo, comprendiendo que la banda de Kutzer lo había liberado y que volvía a encontrarse entre sus garras.

Pero cuando el vehículo se puso en marcha, el del habano, sonriente, dijo:

—¿No nos presentas, Belinda?

—Sí. Este es Pietro Verini, un buen amigo. Y éste es Donald Callowan, jefe de la Spacial International Police.

Los ojos de Pietro, asombrado; se abrieron como platos.

—¿Eh?

—Sí, amigo mío. Yo soy Callowan y usted es Pietro. ¿Comprendido?

—¡No entiendo nada!

—Es usted un poco impetuoso, muchacho: lo sé por experiencia.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que si las balas del revólver de Belinda hubieran sido de verdad, en vez de ser de fogueo... ¡Ah, y ahora me toca hacer nuevas presentaciones! Belinda Odvver, uno de nuestros mejores agentes femeninos, y yo...

—¿No es usted Donald Callowan?

—Ahora sí, pero hasta anoche fui Olmer Kutzer.

—¡Voy a volverme loco!

Pero no perdió la razón.

Y Donald, después de ofrecerle un cigarrillo, empezó a explicarle.

—El asunto empezó hace tiempo, Cuando uno de nuestros agentes, viajando de inspección por los canales, encontró el cadáver de un hombre.

—¿Quién era?

—Nuestro agente no pudo identificarlo; pero luego, cuando el cadáver llegó a la Tierra, nuestros laboratorios nos dijeron enseguida de quién se trataba: eran los restos del gobernador Warrel.

—¡Santo Dios! ¡Lo mataron entonces!

—Sí. Fue asesinado y ahí dio comienzo la acción de la banda de Curtis, apoyada por el nuevo candidato a gobernador.

—¿Harry Coss?

—Sí. Pero en él radicaba la dificultad mayor. Cross, exteriormente, fue siempre un político honesto, y Washington no tenía nada contra él. Pero, como hemos sabido después, por lo que los hechos nos han demostrado, Harry se dejó adormecer por las promesas de John, al que conoció en la Tierra, desarrollándose en él la ambición que le ha hecho obrar contra la Ley.

»Cross fue a la Tierra para recibir instrucciones concretas respecto a la formación de los Sindicatos que, naturalmente, no eran como los que Cross estableció aquí.

»Allí, en Washington, una noche entró casualmente en relación con Curtis, que le convenció de que podía hacerse inmensamente rico en poco tiempo.

»Quizá le hablase de los años del siglo pasado, en 1930 y siguientes, hasta el 85, en que muchos Sindicatos americanos estuvieron en manos de los “gangsters”...

»Lo cierto fue que Cross prometió obrar y llamar a Curtis. Al llegar a Marte, envenenó a Warrel, enterró su cadáver junto a los canales y ocupó su sitio.

»La desaparición de Warrel y la suerte de encontrar casi enseguida

su cadáver nos permitió que supiésemos que algo raro pasaba. Y siguiendo un plan de información general, creé al personaje Kutzer, que actualmente está en prisión, logrando un disfraz que convenció a todos... incluso a usted.

—Es verdad.

—El asunto era delicado, ya que no podíamos acusar a Cross, puesto que no teníamos prueba alguna de que fuese él el culpable de la muerte de Warrel.

Y sólo creando una banda y haciéndome cargo del Sindicato de los Colonos, cosa que me permitió saber que los dueños deseaban robar tan a mansalva como el Sindicato, podía llegar a descubrir la verdad.

»Fue entonces cuando se me ocurrió lo del dinero.

»Después de enviarle a usted, para que arreglase las cuentas a Peter, lo que me permitía, al mismo tiempo, procurarle una pequeña satisfacción, fui al Astropuerto y robé el dinero de cuatro días de cotización.

—¿Para qué lo hizo?

—Ahora verá. Usted tenía que jugar un papel, ya que no podía permitirme que supiese la verdad, puesto que estaba casi seguro de que lo cogerían, más o menos tarde, mientras me buscaban a mí.

»Por eso le excité, golpeándole, para que usted estuviese convencido de mi maldad y, al mismo tiempo, robase el dinero para entregarlo a sus amigos. Por eso, después de drogarle, le dejé en mi despacho.

—¿Y cómo sabía que la banda de Curtis iba a venir?

—Porque Belinda, haciéndose pasar por una confidente, la llamó.

—¡Ah!

—Debía hacerlo, ya que lo que me interesaba era que el dinero cayese en manos de Curtis y los suyos.

—Cada vez entiendo menos.

Callowan sonrió.

Luego, tras exhalar una humareda del habano que fumaba, prosiguió:

—Lo va a entender enseguida. Para cazarlos necesitaba pruebas. Así, cuando me apoderé del dinero, fui al Banco Mundial, cambiándolo por una cantidad igual de dinero que había sido marcado y numerado previamente. Por eso, esta mañana, mis agentes pudieron detener al gobernador, a Curtis y al doctor, en cuyas cajas había un dinero... ¡cuya numeración sabíamos ya! Es una prueba que demuestra que los fondos del Sindicato van a parar a las arcas de unos señores que, además de

percibirlos sin derecho, lo reciben en cantidades nada normales.

—¡Es fantástico!

—Pero aún hay algo más. Para que todos esos granujas se repartiesen el dinero hacía falta que estuvieran tranquilos: y sólo había una forma de procurarles esa tranquilidad: informándoles de mi muerte.

»Y ahí entró usted... y Belinda. Ésta, después de salvarle, dejó el bolso entre ustedes dos... y usted cayó en la trampa, apoderándose de la pistola en cuanto supo que iba a ver a Kutzer; es decir, a mí...

—¡Pero yo lo Ignoraba todo!

—Con eso contábamos, pues sabíamos que reaccionaría como un hombre honrado. Al presentarse a la policía, nos hizo un gran favor, ya que Cross fue informado inmediatamente de mi «muerte».

»Y el reparto del dinero, que era lo que necesitábamos como prueba, se hizo aquella misma noche.

—¿Satisfecho?

Pietro sonrió.

—¡Mucho, señor Callowan! Y conste que pensé en usted y en la SIP muchas veces.

—Gracias en nombre de todos.

—Me extrañaba que la SIP abandonase así a tantos hombres indefensos entre granujas como esos.

—La SIP no abandona nunca al débil.

Pietro miró a Belinda.

—No sé cómo pedirle perdón, señorita.

Ella sonrió.

—¿Es que ya no te atreves a tutearme?

—Yo...

—Tampoco, quizá, recordarás lo que dijiste... antes de sacudirme aquel directo, con el que no contábamos. ¿Verdad, señor Callowan?

—Verdad.

Pietro enrojeció.

—Aquello que dije... balbució.

—¿Qué? —insistió ella.

Y Verini, echándose al agua, sin miedo, exclamó.

—¡Lo sostengo!

Intervino Callowan, que, adelantándose, abrió el cristal de delante.

—¡Chófer!

—¿Diga, señor?

—Llévenos a un buen restaurante, donde se coma bien. Vamos a celebrar algo que empieza ahora y que, por lo visto, por ley humana, terminará en la Vicaría. ¡Ah, al mismo tiempo, de paso, deténgase ante un estanco! ¡Quiero ofrecerme una buena caja de habanos! Porque, digan lo que digan, me la merezco.

Y se echó a reír.

Pero los dos jóvenes no se dieron cuenta de nada.





El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

— ¡No me toque! ¡Estoy enfermo y soy contagioso! ¡RADIATIVIDAD!

¡Y era un agente de la SIP! ¡Un agente abandonado por todos! Un...

AGENTE ESPACIAL

¡Una novela con la garantía del gran escritor ALAN STAR!

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICIONES
TORAY, S.A.